



COMITÉ PONTIFICIO
PARA LOS CONGRESOS
EUCARÍSTICOS
INTERNACIONALES

«Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria»

(Col 1,27)

*La Eucaristía: fuente y culmen
de la misión de la Iglesia*

Reflexiones teológicas y pastorales en preparación al
51° Congreso Eucarístico Internacional de Cebú (Filipinas)

24-31 Enero 2016

I

INTRODUCCIÓN

A. El Congreso Eucarístico Internacional

El Congreso Eucarístico Internacional es una *statio* -una especie de "parada" durante el viaje- donde una Iglesia particular se recoge para celebrar la Eucaristía, rendirle homenaje y orar en presencia del Señor en el sacramento de su amor. A este sagrado acontecimiento, la comunidad cristiana elegida invita a las comunidades cristianas de su misma región, junto con las Iglesias particulares de todo el mundo, porque el Congreso Eucarístico Internacional es un acontecimiento de toda la Iglesia universal. Para la celebración del Congreso, el *Ritual*¹ exige que la celebración de la Eucaristía sea verdaderamente el centro de toda actividad que se desarrolle de modo que todo se refiera a ella.

Mediante momentos de catequesis, celebraciones de la Palabra, encuentros de oración y asambleas plenarias, se favorece una comprensión cada vez más profunda del misterio eucarístico. Para estas y para las demás actividades vinculadas al desarrollo del Congreso, se prepara un programa preciso con el fin de articular claramente los temas para las celebraciones, los encuentros, las procesiones, la oración y la adoración ante el Santísimo Sacramento expuesto en iglesias o capillas previamente establecidas.

Todo el Congreso, en su desarrollo, debe poner de manifiesto una eclesiología eucarística orientada hacia la comunión, comprometiéndose a llegar a todos, especialmente a cuantos se encuentran en los márgenes de la sociedad, para que haya un solo rebaño bajo un solo pastor, Jesucristo (cf. *Jn* 10,16)².

B. El significado del 51º Congreso Eucarístico Internacional

En el Congreso Eucarístico Internacional que se celebrará en la ciudad de Cebú en el año 2016, los peregrinos provenientes de todo el mundo se reunirán con los fieles de Filipinas y en particular con los de Cebú, ofreciendo a toda la humanidad un *signo auténtico de fe y de caridad en la comunión*.

El Congreso está al servicio de todo el pueblo de Dios en su peregrinación por la historia. Es una celebración extraordinaria donde la Iglesia universal tomará conciencia de que

1 *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa* (1973), n. 112.

2 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium* (SC), 2.

la Eucaristía es «fuente y culmen»³ de su vida y de su acción. La Eucaristía aparecerá claramente como la presencia real y constantemente renovada del Misterio pascual, “acontecimiento escatológico” por excelencia de la vida y del culto de los cristianos.

El tema del 51º Congreso Eucarístico de Cebú es: «*Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria*». Tomado de la Carta de San Pablo a los Colosenses (1, 24-29), el tema está destinado a resaltar el vínculo entre la Eucaristía, la misión y la esperanza cristiana, tanto en el tiempo como en la eternidad. Hoy, como quizá nunca en la historia, se da una carencia de esperanza en el mundo. Por eso, la humanidad necesita escuchar el mensaje de nuestra esperanza en Cristo Jesús. La Iglesia proclama hoy este mensaje con renovado ardor, utilizando nuevos métodos y nuevas expresiones⁴. Con el espíritu de la “nueva evangelización”, la Iglesia lleva a todos este mensaje de esperanza y, de modo especial, a quienes «*aun estando bautizados, se han alejado de la Iglesia, y viven sin tener en cuenta la praxis cristiana*»⁵.

El 51º Congreso Eucarístico Internacional ofrece a los participantes la oportunidad de experimentar y comprender la Eucaristía como un encuentro transformador con el Señor en su Palabra y en el sacrificio de su amor, para que todos puedan tener vida y vida en abundancia (cf. *Jn 10,10*). Significa la ocasión para redescubrir la fe como «*f fuente de gracia que trae alegría y esperanza a la vida personal, familiar y social*»⁶. Este encuentro internacional promete suscitar un valiente y decidido desarrollo de la misión cristiana en un mundo y una sociedad que se van haciendo cada vez más indiferentes y hostiles a la fe y a los valores evangélicos. El encuentro con Cristo en la Eucaristía será fuente de esperanza para el mundo si, transformados por el poder del Espíritu Santo y a imagen de Aquél que encontramos, acogemos la misión de transformar el mundo llevando esperanza, perdón, curación y amor a cuantos lo necesitan; en definitiva, la plenitud de vida que nosotros mismos hemos recibido y experimentado.

C. El Congreso de Cebú y el contexto asiático

El 51º Congreso Eucarístico Internacional deberá anunciar el misterio de Cristo, de modo espléndido y eficaz, teniendo en cuenta el lugar ocupado por la fe y por la Iglesia en la historia de Filipinas. La Iglesia en Filipinas tiene una vocación providencial para la misión cristiana en Asia, una vocación constantemente subrayada por los Romanos Pontífices⁷. La

3 SC, 10. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* (LG), 11.

4 JUAN PABLO II, *In Portu Principis, ad episcopos Consilii episcopalis Latino-Americani sodales* (9 marzo 1983), n. 3, AAS 75, par. 1, p. 778.

5 BENEDICTO XVI, *Homilía en la celebración eucarística para la solemne inauguración de la XIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (7 Octubre 2012).

6 *Ibid.*

7 Esta especial vocación misionera de las Filipinas en Asia fue desarrollada por el papa Pablo VI en su visita pastoral a Filipinas en 1970 y por Juan Pablo II durante la Jornada Mundial de la Juventud de 1995 celebrada en Manila.

presencia y la participación activa del laicado católico en varios sectores sociales, incluidas las realidades eclesiales y pastorales, ofrece un gran potencial capaz de influir en el panorama socio-político y económico con el estilo evangélico de la levadura en la masa.

La pobreza y la falta de oportunidades de trabajo empujan a muchos filipinos a emigrar a otros países, en Asia o más lejanos, llevando con ellos su fe, que comparten mediante su ejemplo y sus valores de vida. La Iglesia filipina, realizando ya las palabras del Apóstol «*Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria*», es un lugar de esperanza especialmente para los pueblos de Asia, como afirmó pablo VI en la visita del año 1970 a Filipinas.

En 1937, Manila acogió el 33º Congreso Eucarístico Internacional, el primero celebrado en Asia. Aquel Congreso, de conmovedor éxito, fue seguramente el acontecimiento religioso internacional más importante organizado en el país hasta esa fecha. El 51º Congreso que se celebrará en 2016 será igualmente importante. Forma parte de la “novena de años” que los cristianos de Filipinas están celebrando como preparación al 500º aniversario de la llegada de la fe cristiana al país.

En el año 1521, el rey y la reina de Cebú fueron bautizados por los misioneros españoles⁸. Los nativos abrazaron la fe cristiana con notable facilidad y entusiasmo, gracias también a su profunda religiosidad natural. Aquella fe inicial se nutrió de los sacramentos, sobre todo de la Santa Misa, a pesar de que hasta el siglo XX se celebrara en una lengua incomprensible para la mayoría de los bautizados.

La conversión de esta tierra al cristianismo, realizada en brevísimo tiempo, transformó las Filipinas en el país católico más grande de Asia, con un porcentaje del 80 % de bautizados. Los católicos filipinos, a lo largo de los siglos, han desarrollado un gran aprecio hacia la celebración eucarística⁹. La vida de la parroquia y sus actividades, tanto de carácter espiritual como social, giran en torno a la celebración eucarística. Fiestas patronales de ciudades y pueblos (*barangays*) se celebran con gran número de Misas, con banquetes abiertos a todos y grandes festejos. Bodas y funerales, con los respectivos aniversarios, se suelen celebrar con la Santa Misa. Los momentos importantes de las familias filipinas, como los de las diversas comunidades, no son completos si no están marcados por la celebración eucarística. También los grupos católicos suelen iniciar y concluir sus encuentros, ya sean de naturaleza social o apostólica, con la Misa. La celebración eucarística se ha convertido quizá en la actividad religiosa más presente en la sociedad filipina¹⁰.

8 Según el relato de Antonio Pigafetta, un noble italiano que escribió un diario del viaje realizado por cinco carabelas españolas bajo el mando del portugués Fernando Magallanes por cuenta del rey de España Carlos V: *Relazione del primo viaggio al globo terraqueo*, Milano 1800 (ristampa anastatica: Società edizioni artistiche, Vicenza 1990).

9 Cf. CBCP, Carta pastoral *Landas ng Pagpapakabanal* sobre la espiritualidad filipina (2000), n. 62; Episcopal Commission on Catechesis and Catholic Education, *Catechism for Filipino Catholics* (1997), n. 1669.

10 Cf. *Landas ng Pagpapakabanal*, n. 62; *Catechism for Filipino Catholics*, n. 1669.

La reforma litúrgica del Vaticano II ha hecho progresar el modo en que los filipinos celebran la Eucaristía. Los textos de la Misa han sido traducidos en casi todas las principales lenguas locales del archipiélago. La participación de los fieles laicos ha mejorado notablemente, no sólo en términos de participación activa, sino también en lo que se refiere a la asunción de los diversos ministerios litúrgicos¹¹.

Pero, honestamente, se ha de admitir que, además de los rayos de luz, subsisten también sombras. Hay todavía mucho que hacer, tanto para una correcta comprensión de la Eucaristía por parte de los fieles, como para redescubrir el fuerte sentido comunitario de cada celebración. Aunque la cosa más urgente a remediar es, quizá, la persistente dicotomía entre el culto y la vida¹².

La preparación de este Congreso se ve acompañada por una nota de gozosa gratitud al Señor, unida a una entusiasta espera. Todo ello contribuirá a dar un significado especial a la celebración eucarística del pueblo filipino, a la comunión con el Cuerpo y la Sangre del Señor para la vida del mundo y de la nación. El Congreso será también una ocasión privilegiada para conducir a los fieles católicos a una renovada comprensión y celebración de la fe eucarística y de la vida que brota de ella .

Ahora que Asia se está convirtiendo en nuevo centro de la historia del mundo contemporáneo, el desarrollo del 51º Congreso Eucarístico en su corazón geográfico es la ocasión para manifestar de modo luminoso la vocación especial de la Iglesia local en el continente como Iglesia de la caridad, de la comunión y de la misión. Dado el contexto multi-dimensional en el que la Iglesia en Asia cumple su misión, el continente se ha convertido en campo fértil donde el misterio de la encarnación sigue realizándose a través de una auténtica inculturación que lleva la fe cristiana a un verdadero diálogo con las diversas culturas, pueblos y religiones.

11 *Catechism for Filipino Catholics*, n. 1670.

12 Cfr. *Acts and Decrees of the Second Plenary Council of the Philippines* (1990), n. 103.

II

LA EUCARISTÍA REALIZA LA OBRA REDENTORA DE CRISTO

A. «El misterio: Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria» (Col 1,24-29)

Dado que los habitantes de la ciudad de Colosas estaban “adaptando” el cristianismo a su cultura y a sus diversos modos de creer, en la carta enviada a aquella comunidad, Pablo tuvo que afirmar con autoridad que Cristo posee la plenitud del poder redentor (Col 1,19). No solo todas las cosas han sido reconciliadas con la sangre de su cruz, sino que todo el mundo se hizo por medio de él. Desde el capítulo inicial de la carta a los Colosenses, el Apóstol aplica las palabras “todo” y “todas las cosas” a Cristo una y otra vez¹³.

Esta importante enseñanza paulina resuena, sin ambigüedad, en la Constitución del Concilio Vaticano II sobre la sagrada Liturgia en la que se afirma que las grandes gestas obradas por Dios en el pueblo del Antiguo Testamento eran una preparación para la obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios realizada por Cristo¹⁴. El misterio pascual de su pasión, muerte y resurrección marcó el momento central de la salvación. Él, «*muriendo destruyó la muerte y resucitando nos dio nueva vida*»¹⁵.

Con el misterio de su muerte y de su resurrección, Cristo se convirtió realmente en nuestra esperanza de la gloria. Por el Espíritu Santo, que exhaló en la cruz cuando «*entregó el espíritu*» (Jn 19,30), brotó del costado de Cristo el «*admirable sacramento de toda la Iglesia*»¹⁶. Cristo, el enviado del Padre, ha enviado –a su vez– a la comunidad de sus discípulos, su Iglesia, para que siga anunciando al mundo la obra de la redención¹⁷.

B. El misterio proclamado: para que todos puedan acoger a Cristo

Este misterio debe ser proclamado incesantemente para que todos puedan acoger a Cristo y ser presentados a Él (cf. Col 1,28). Pablo se considera a sí mismo ministro del Evangelio de la esperanza que debe ser predicado a toda criatura bajo el cielo, con el fin de realizar la Palabra de Dios, o sea el misterio que en otro tiempo estaba escondido, pero ahora se ha manifestado¹⁸.

13 Sobre todo Col 1, 15-20.

14 Cfr. SC, 5.

15 Cf. *Prefacio de Pascua I*, en *Missale Romanum*, editio typica tertia (Città del Vaticano, 2002).

16 Oración después de la séptima lectura de la Vigilia pascual. Cf. SC, 5.

17 SC, 6.

18 Cf. Col 1,23. 25-26.

Pablo ha asumido la misión que Cristo dio a sus apóstoles, de manera que predicando el Evangelio a todos los hombres sea anunciado que *«el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre»*¹⁹.

Pero el Evangelio debe ser predicado, no solo con palabras, sino también mediante la Eucaristía y los sacramentos, en torno a los que gravita toda la vida litúrgica y la vida misma de la Iglesia²⁰. Así, con la fuerza del Espíritu Santo, los hombres y mujeres son inmersos en el misterio pascual de Cristo. Reuniéndose regularmente para escuchar la enseñanza de los apóstoles y para comer la cena del Señor, proclaman la muerte en la espera de su venida gloriosa. Leyendo *«lo que se refería a él en todas las Escrituras»* (Lc 24,27) y celebrando la Eucaristía en la que *«se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su Muerte»*²¹, la Iglesia reunida para celebrar juntos el misterio pascual, se edifica como sacramento de comunión y de unidad.

C. La Eucaristía: Cristo presente en medio de nosotros

Para que la comunidad cristiana pueda realizar una obra tan grande, *«Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica»*²². En la Eucaristía está presente para conducir continuamente a los creyentes a la comunión con él y con los demás. En su reunirse juntos, en la persona del sacerdote, en la proclamación de la Palabra y en los signos eucarísticos del pan y del vino, Cristo sigue uniendo, perdonando, enseñando, reconciliando, ofreciéndose por nuestra redención, y por tanto, para dar vida.

Precisamente por esto instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, para encarnar y realizar el plan de salvación que culminó en el sacrificio de la Cruz; para que se perpetuase la memoria viva de su muerte salvífica y de su resurrección²³.

19 SC, 6.

20 *Ibid.*

21 Cf. SC, 6 que cita al Concilio de Trento: *Sessio XIII, Decretum de ss. Eucharistia*, cap. 5 (Denzinger 1644).

22 SC 7.

23 *Ib*, 47.

III

LA EUCARISTÍA ES FUENTE Y CULMEN DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA

A. La Eucaristía: sacramento de amor, signo de unidad, vínculo de caridad²⁴

1. La presencia de Cristo en la Eucaristía

Lo que Cristo realizó con su vida, con la predicación y, de modo particular, con su misterio pascual, sigue estando presente en la Iglesia, sobre todo en sus sacramentos²⁵. Con la fuerza del Espíritu Santo, Cristo sigue enriqueciéndonos con su vida y, unidos a él, nosotros podemos ofrecer al Padre el culto que le agrada por medio de signos sensibles.

La Eucaristía es, pues, la encarnación perpetua de lo que Cristo ha dado a su Iglesia mediante el don total de sí mismo²⁶. Es el sacramento de su amor con el que se entregó a la muerte y una muerte de cruz (cf. *Fil* 2,8). Es el signo de aquella unidad por la que oró la noche antes de morir: «*Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti*» (*Jn* 17,21). Es el vínculo de aquella caridad que dejó a sus discípulos como el mandamiento nuevo que ha de ser vivido (cf. *Jn* 13,34).

A sus discípulos les pide que hagan todo esto «en memoria suya». Sacramento de amor, signo de unidad, vínculo de caridad: esta es la fisonomía que Cristo ha querido para la Eucaristía.

2. El poder transformador del Espíritu Santo

Para que la Eucaristía llegue a ser sacramento del amor de Cristo, signo eficaz de unidad y vínculo de caridad, el Espíritu Santo es invocado sobre el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo (epiclesis consecratoria). Un poco más tarde en el transcurso de la celebración, el mismo Espíritu Santo es invocado sobre la asamblea de los fieles para que sean en Cristo «*un solo cuerpo, un solo espíritu*» (epiclesis de comunión).

¡Es realmente grande este misterio! Con la acción del Espíritu Santo, los frutos de la tierra y del trabajo del hombre se convierten en pan de vida y bebida de salvación. Por medio del mismo Espíritu, cuantos comen el Cuerpo o beben la Sangre de Cristo son transformados en

24 «*O Sacramentum pietatis! o signum unitatis! o vinculum caritatis!*»: S. AGUSTÍN, *In Johannis evangelium tractatus*, 26,13; in CCL 36,266.

25 Cf. LEÓN MAGNO, *Tractatus* LXXIV.2, CCL 138A, p. 457: «*Quod itaque Redemptoris nostri conspicuum fuit in sacramenta transivit...*».

26 Cf. SC, 47.

el único Cuerpo de Cristo. Y son, después, enviados a transformar sus familias, sus lugares de trabajo, la sociedad y el mundo.

La Eucaristía transforma la asamblea reunida en una «comunidad de vida, de caridad y de verdad» para que sea «instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra»²⁷. En efecto, en la Eucaristía «el enviado del Padre para cumplir su voluntad (cf. Jn 5,36-38; 6,38-40; 7,16-18), nos atrae hacia sí y nos hace partícipes de su vida y misión»²⁸.

3. Transformados y enviados a transformar

Cuanto han participado en la mesa del Señor, están llamados a convertirse en lo que reciben: el Cuerpo de Cristo²⁹. La Eucaristía posee una intrínseca dimensión misionera a partir del relato de la institución. En la última cena, de hecho, Cristo no solo partió el pan y ofreció la copa del vino para que se convirtieran en pan de vida y cáliz de salvación, sino que en aquella última tarde lavó también los pies de sus discípulos y les mandó hacer a ellos lo mismo (cf. Jn 13,14). El gesto de servicio humilde y amoroso del mutuo lavatorio de los pies, será el espejo de la vida entera de Cristo y de su misión.

Transformados por el encuentro con la Palabra y con el Cuerpo del Señor en discípulos capaces de servicio y de caridad, los fieles son invitados a transformar sus comunidades en fraternidades de amor y de servicio.

B. La Eucaristía y la misión

Del mismo modo, solo después de haber experimentado cómo ardía el corazón en el pecho por las palabras de Cristo resucitado y haberlo reconocido «al partir el pan», los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,30-32) sintieron la necesidad de ir deprisa para compartir con todos los hermanos el gozo de haberlo encontrado³⁰. Comulgando el pan partido y compartido en la comunión eucarística, las comunidades cristianas y sus miembros no pueden permanecer indiferentes a la llamada a compartir y darse a sí mismos como pan para la vida del mundo. Por este motivo, «la celebración del Sacrificio eucarístico es el acto misionero más eficaz que la comunidad eclesial pueda realizar en la historia del mundo»³¹.

27 LG, 9.

28 BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* (VD), Exhortación apostólica postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, n. 91.

29 «Si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el Amén, y con vuestra respuesta lo rubricáis». S. AGUSTÍN, Sermo 272 en NBA, XXXII, 1-2 (Roma 1985).

30 Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Dies Domini* (DD), 45.

31 JUAN PABLO II, Audiencia general del 21 junio 2000.

Cada parte de la celebración eucarística revela un vínculo inseparable entre comunión y misión por el que la Iglesia emerge como signo e instrumento de unidad (cf. LG 1). Por ello es útil detenerse sobre los diferentes momentos de la celebración eucarística para descubrir cómo la misión está esencialmente presente en ellos.

1. *Los ritos iniciales*

«*Reunido el pueblo...*»³². Llegados de diferentes lugares, circunstancias y situaciones, somos constituidos, mediante los ritos iniciales, en una asamblea de culto³³. Nuestro reunirnos en respuesta a la llamada de Dios es ya el primer movimiento del poder creativo de la Eucaristía con el que nos convertimos en pueblo de la nueva alianza. El saludo del presidente: «*El Señor esté con vosotros*», declara solemnemente que ahora nosotros somos una asamblea reunida para el culto de Dios, la morada del Señor. «*El Señor esté con vosotros*» es, al mismo tiempo, una declaración de fe: Cristo, el Señor resucitado, aquel que envía al Espíritu Santo, ¡está verdaderamente presente en la asamblea que celebra la Santa Misa! Con las mismas palabras saludó el arcángel Gabriel a la Virgen María anunciándole haber sido elegida para llevar en su vientre al «*Emmanuel, Dios con nosotros*» (cf. *Lc* 1,28).

El Espíritu Santo que Cristo, el Señor resucitado, derrama en la celebración de la Misa es Aquél que nos permite recordar las grandes cosas que Dios ha hecho por nosotros. Fortalecidos por el mismo Espíritu, con el corazón rebosante de agradecimiento, elevamos nuestros corazones y nuestras voces en la plegaria y en la alabanza. Como el Espíritu Santo transformó en Iglesia al grupo de los discípulos en el día de Pentecostés, así ahora da fuerza a la Palabra de Dios, consagra el pan y el vino convirtiéndolos en sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, al tiempo que nos transforma también a nosotros en Cristo mediante la santa Comunión.

Las palabras del saludo inicial son realmente consoladoras. Nos aseguran que en nuestra asamblea está presente Cristo resucitado y el Espíritu que él ha enviado. En esta asamblea eucarística, Cristo viene a nuestro encuentro en la persona del sacerdote, y quiere que nosotros lo reconozcamos presente los unos en los otros. Es él quien nos habla cuando se leen las Escrituras. Es él quien se da a nosotros en los signos sagrados del pan y del vino. Mediante algunos ritos y oraciones, con un canto común, con gestos y movimientos compartidos, con pausas comunes de silencio, nos transformamos en una asamblea celebrante que se encuentra con el Señor.

Los varios elementos de los ritos iniciales crean unidad entre quienes se han reunido disponiéndoles a escuchar la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía. Para que cuantos participan en la celebración, vuelvan después al mundo como instrumentos de unidad, anunciadores de la palabra, pan partido y compartido para la vida de la humanidad. Los ritos

32 «*Populo congregato...*»: *Ordo Missae*, 1. en *Missale Romanum...* cit.

33 Cf. R. CABIÉ, *The Order of Mass of Paul VI*, en *The Church at Prayer 2: The Eucharist*, Collegeville 1986, 193.

iniciales constituyen el comienzo de aquel movimiento con el que Dios nos eligió, nos llamó, nos transformó en *ekklesia*, en un pueblo sacerdotal enviado «*para anunciar las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa*» (1Pe 2, 9).

2. La liturgia de la Palabra

Después de haber sido tan bien dispuestos por los ritos iniciales, los fieles escuchan la proclamación de la Palabra³⁴. Dios y su pueblo se internan en un diálogo «*en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza*»³⁵. Dios habla y espera una respuesta.

El camino dinámico emprendido con la proclamación, la meditación, la explicación y la asimilación de la Sagrada Escritura, está destinado a construir la comunidad de los que ponen en práctica la Palabra y no se limitan a escucharla (cf. *Sant* 1,22), heraldos y no sólo destinatarios de la divina revelación³⁶. La palabra de Dios, en efecto, tiene el poder de iluminar la existencia humana, de empujar a quienes escuchan a volver la mirada a su situación de vida y a la realidad, provocando el irresistible deseo de comprometerse en el mundo para la realización de la justicia, de la reconciliación y de la paz³⁷.

A este respecto, los fieles esperan la ayuda especial de una homilía bien preparada que muestre, en palabras humanas, la fuerza de Dios y su deseo de llegar a su pueblo. Pronunciada por un pastor que conoce realmente a su rebaño y que es capaz de comunicarse con él, «*la homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento*»³⁸.

El Espíritu Santo no sólo está en el origen de la proclamación de la Palabra de Dios, también hace posible a los fieles su escucha fructuosa y su realización en la vida. Por haber recibido el Espíritu Santo en el Bautismo y en la Confirmación, los fieles están llamados a conformar sus vidas con lo que celebran en la liturgia. Con su testimonio, se convierten en anunciadores de la Palabra que han oído para que ésta «*se difunda y sea glorificada y sea exaltado su nombre entre las naciones*»³⁹. De hecho, las palabras de vida eterna que escuchamos en el encuentro con el Señor durante la celebración de la Eucaristía se dirigen a todos.

34 *Ordo Lectionum Missæ*, Editio typica secunda, (Città del Vaticano, 1981), nn. 6 -7.

35 FRANCISCO, Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual *Evangelii Gaudium* (EG),137.

36 *Ordo Lectionum... cit.*, 6. VD, 91

37 VD, 49.

38 EG, 135.

39 *Ordo Lectionum... cit.*, 7.

3. La presentación de los dones

EL AMOR PREFERENCIAL POR LOS POBRES

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II recuperó la práctica antigua que implicaba a la asamblea en la ofrenda del pan y del vino para el sacrificio eucarístico⁴⁰. El *Ordo romanus primus*⁴¹, último testimonio de esta práctica, nos informa que el celebrante elegía un pan entre los que habían sido ofrecidos junto al vino suficiente para la comunión, el resto se apartaba para su distribución a los pobres. Abandonada durante siglos, la práctica ha sido recuperada no solo como una oportunidad más para la participación activa de los fieles, sino como una afirmación del uso laudable de la Iglesia primitiva que mostraba así su preocupación por los pobres.

La conmemoración de la institución de la Eucaristía durante la Misa vespertina del Jueves Santo en la Cena del Señor, da lugar a una procesión de ofrendas en la que los fieles, junto con el pan y el vino, presentan los dones destinados a los pobres⁴². El canto aconsejado para acompañar el gesto refuerza este mensaje: «*Ubi caritas est vera, Deus ibi est. Donde hay caridad, allí está Dios*». A este propósito, esta Eucaristía vespertina, memorial de su institución, es un buen modelo para todas las celebraciones eucarísticas. Esta celebración nos enseña que la misión de cuidar de los pobres y desheredados está en el centro de la liturgia eucarística. A medida que se crece en la atención solidaria hacia los pobres y necesitados, la Eucaristía se manifiesta cada vez más claramente como sacramento del amor.

La íntima conexión entre la Eucaristía y la misión de la Iglesia a favor de los pobres, se expresa en las palabras lapidarias de san Juan Crisóstomo, un antiguo padre de la Iglesia: «*¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez... ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo*»⁴³.

ATENCIÓN POR LA CREACIÓN

La reforma de la Misa querida por el Vaticano II propone en el momento de la colocación de los dones en el altar, fórmulas de oración basadas en las invocaciones hebreas para la bendición de la mesa: «*Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan (vino), fruto*

40 Cf. J. JUNGSMANN, *El sacrificio de la Misa, Tratado histórico-litúrgico*. Tomo II: *La Misa sacrificial* (Madrid, 1953). Jungsmann recuerda las antiguas prácticas desde Ireneo a Tertuliano, a Hipólito de Roma y Cipriano. Una pequeña parte de los dones del pan y del vino ofrecidos por la asamblea era utilizada para el sacrificio eucarístico. El resto se distribuía después a los pobres.

41 *Ordo Romanus I*, en M. ANDRIEU (ed.) *Les Ordines Romani du Haut Moyen Age II. Les textes (Ordines I – XIII), (Spicilegium Sacrum Lovaniense. Études et documents 23)*, nn. 78-84, pp. 93-94.

42 La rúbrica dice: «*Al comienzo de la liturgia eucarística se puede organizar una procesión de los fieles con dones para los pobres*».

43 *In Matthaeum hom.* 50,3-4, PG 58, 508-509.

de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos, él será para nosotros pan de vida (bebida de salvación)». Estas fórmulas de oración son expresión de alabanza a Dios por la creación del mundo y por la colaboración humana en la producción del pan y del vino -símbolos de vida y de fraternidad- que en la Eucaristía se convertirán en signo de la presencia viva y vivificadora de Cristo en medio de la asamblea y del mundo.

Todo ello se transforma también en el compromiso de una misión profética. Dar culto a Dios no significa desinteresarse del ambiente y de los recursos naturales. En efecto, bendecir al Señor creador de todas las cosas, significa agradecer a Dios la tierra, creación suya, de la que procede nuestro sustento. El mundo no es sólo una materia prima a utilizar o malgastar como se quiera hasta su agotamiento. Todos los hijos de Dios deben vivir en el modo que corresponde a la propia dignidad. «Bendecir al Señor, Dios del universo» significa alzar un grito profético contra la avidez de los corazones humanos y extender las manos en defensa de la tierra, de sus recursos y de las víctimas de los desastres naturales, consecuencia de una explotación irresponsable.

4. *La Plegaria eucarística*

FORMAR EL CUERPO DE CRISTO: EL SIGNO DEL PAN Y LA ASAMBLEA

Después de haber sido invocado sobre los dones del pan y del vino para que «*se conviertan en el cuerpo y la sangre de Jesucristo*» (Plegaria Eucarística III) el Espíritu Santo es invocado también sobre todos los reunidos en asamblea para que, alimentándose del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, lleguen a ser «*un solo cuerpo y un solo espíritu*» (PE III).

En ningún otro lugar se podría encontrar una articulación más clara de lo que el misterio eucarístico significa para Cristo y para la Iglesia: la Iglesia celebra la Eucaristía para ser constantemente edificada como “cuerpo de Cristo”. El pan y el vino se convierten en “cuerpo de Cristo” con el fin de transformar a la asamblea celebrante que, de este modo, entra en la historia como “cuerpo de Cristo” ofrecido para la vida del mundo.

Ya a partir de la segunda mitad del siglo primero, se expresó esto en una oración que la Iglesia ha conservado en su tesoro de textos eucarísticos: «*Como este pan partido estaba diseminado por las colinas y, recogido, se convirtió en una cosa sola, así tu Iglesia, desde los confines de la tierra sea reunida en tu Reino*»⁴⁴. Lo importante para la Iglesia primitiva era que la celebración eucarística reuniera a los fieles. Ellos, a su vez, eran conscientes de alcanzar la salvación sólo si estaban “reunidos juntos” (*ekklesia*). Así, considerándose como el único “cuerpo de Cristo”, los miembros eran sensibles al dolor y a los sufrimientos de los miembros pobres y enfermos y sentían el deber de ayudarles en su necesidad.

44 W. RORDORF-A. TUILIER, *Didache: La Doctrine des Douze Apôtres*, 9,4; *Sources Chrétiennes* 248, Paris² 1998.

La Eucaristía sigue enviando a la Iglesia para que realice la justicia en el mundo. Saliendo de la celebración eucarística, todo fiel cristiano, y toda la Iglesia en lo que le afecta, asume la misión de mantener el Cuerpo de Cristo intacto y curar a los enfermos y a cuantos están heridos de discordia e indiferencia.

5. La comunión

LA FRACCIÓN DEL PAN

Durante la última cena Jesús tomó el pan, lo partió y lo dio a sus amigos diciendo: «*Tomad... esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros*». En la Eucaristía el sacerdote repite este mismo gesto de Cristo. Parte el pan como signo del amor del Señor Jesús cuyo cuerpo es “partido” para nosotros. Cada vez que se cumple este gesto en la celebración de la Eucaristía, se nos recuerda la muerte dolorosa a través de la que Cristo tenía que pasar para mostrarnos su amor. Recibiendo el pan partido, recordamos que Cristo murió para que tuviésemos la vida.

Siempre que celebramos la Eucaristía, nos hacemos «*cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse “pan partido” para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno*»⁴⁵. Cristo desea dar vida a la humanidad y al mundo disponiéndonos a “hacer esto” (sacrificio, comunión, amor solidario) en memoria suya. Cada uno de nosotros es realmente llamado, junto a Jesús, a ser pan partido para la vida del mundo.

Dirigiéndose a los pueblos de Asia, san Juan Pablo II alabó la extraordinaria capacidad de donación, de sacrificio y de testimonio -en una palabra, de martirio- manifestada por tantos cristianos de Asia a lo largo de los siglos, y animó a los bautizados de hoy a hacer lo mismo cuando la situación lo requiera⁴⁶. Asia ha ofrecido generosamente a la Iglesia y al mundo muchos hombres y mujeres que han demostrado con claridad la verdad de la fe, afrontando con valentía, incluso la muerte violenta, para mostrar la belleza de la fe entre las pruebas más crueles de la persecución. San Pablo Miki y compañeros, San Lorenzo Ruiz y compañeros, San Andrés Dung Lac y compañeros, San Andrés Kim Taegon y compañeros, San Agustín Zhao Rong y sus 119 compañeros, San Pedro Calungsod -todos asiáticos- han dado forma concreta a la fe eucarística entregando sus vidas por amor.

EL ALIMENTO EUCARÍSTICO

En la Eucaristía, el “cuerpo de Cristo”, constituido por la asamblea, se convierte en pan para los demás. La acción eucarística da vida a un cuerpo que se entrega, que se parte y se dona

45 BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis* (SAC). Exhortación Apostólica Postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, 88.

46 JUAN PABLO II, *Ecclesia in Asia* (EA). Exhortación Apostólica Postsinodal sobre Jesucristo el Salvador y su misión de amor y de servicio en Asia, 49.

para saciar el hambre del mundo. La Eucaristía impulsa a los fieles a ofrecerse a sí mismos como alimento para el mundo. El gesto de comulgar el pan de la vida nos abaja con Cristo hasta la «condición de siervo» (Fil 2,7).

La gran capacidad de sacrificio que caracteriza a los pueblos asiáticos será irrelevante si no va unida a la voluntad de compartir. El vaciamiento de sí tiene sentido solo si ello llena a otra persona. Cristo se vació de su divinidad para que tuviéramos su vida, y la tuviéramos en abundancia (Jn 10,10). San Juan Pablo II recordó las áreas específicas en la que hoy se puede materializar esta comunión en Asia⁴⁷. Las situaciones en las que los refugiados, los que buscan asilo, los inmigrantes y trabajadores se encuentran en los países extranjeros -soledad, diferencias culturales, dificultades lingüísticas y vulnerabilidad económica- piden una casa acogedora donde sus fatigas y sus pesadas cargas puedan hallar sosiego y descanso. ¡Que las comunidades cristianas, en cualquier país o lugar, lleguen a ser estas casas acogedoras en la que hallar alivio! El banquete eucarístico nos impulsa a compartir lo que tenemos para que, en nuestras comunidades, no haya más necesitados.

6. El envío: «Ite, missa est»

El rito conclusivo de la celebración eucarística es un envío a la misión. Algunos relacionan este carácter misionero del rito conclusivo con el hecho de que las palabras “misa” y “misión” deriven ambas del verbo latino *mittere* (enviar). Y es también significativo que este rito sea descrito como «la despedida del pueblo... para que cada uno regrese a sus honestos quehaceres alabando y bendiciendo a Dios»⁴⁸.

Al referirnos a los ritos iniciales se ha dicho que cuantos forman la asamblea, están reunidos, dispuestos a escuchar la palabra de Dios y a tomar parte dignamente en la mesa eucarística, con el fin de volver al mundo como instrumentos de unidad, anunciadores de la Buena Nueva y pan partido y compartido para la vida del mundo. Ahora, al final de la Misa, todos son enviados: «Id...». Sucede como en el relato de los discípulos de Emaús: el encuentro con Cristo resucitado en la palabra proclamada y en la fracción del pan tiene el poder de transformar a los fieles, que han formado la asamblea, en diligentes y entusiastas anunciadores del Señor. La fraternidad que han experimentado, la Palabra que han escuchado y la Mesa eucarística que han compartido, deben ser testimoniadas al mundo.

Se llega a ser testigos cuando la Persona de la que damos testimonio -el Señor Jesucristo que nos ha reunido, nos ha hablado y nos ha ofrecido su cuerpo como pan de vida-, se hace presente a través de las acciones, las palabras y los comportamientos⁴⁹. Dar testimonio de Cristo significa que las personas que encontramos en el trabajo, en casa y en cualquier otro lugar,

47 EA, 34.

48 *Ordenación general del Misal Romano*, Tercera edición típica (20 abril 2000), 90/c.

49 Cf. SAC, 85.

pueden experimentar sus palabras de consuelo, su curación, su fuerza de comunión y su presencia vivificadora, a través de nuestra presencia.

La Misa en la que hemos participado nos envía, en efecto, a trabajar en la difusión del Evangelio, permeando la sociedad con los valores cristianos⁵⁰. Debe existir una ininterrumpida continuidad entre la Misa celebrada y nuestra misión como cristianos en el mundo⁵¹. Las oraciones después de la Comunión expresan esta continuidad ininterrumpida que es fruto de la auténtica participación eucarística: «*para que por ellos (tus sacramentos) y en nuestra propia vida recibamos los frutos de la redención*»⁵². De este modo, la Iglesia aparece plenamente como un misterio de comunión y de misión, porque la Eucaristía, centro de su existencia, es por excelencia el sacramento de la comunión y de la misión.

La celebración de la Eucaristía, y cada una de sus partes, demuestra que la responsabilidad misionera de la Iglesia forma parte de su misma naturaleza. La identidad de la Iglesia consiste en ser comunidad en misión. La Iglesia realiza esta identidad tanto en la vida litúrgica, -en la que proclama ritualmente que Cristo ha salvado al mundo con su misterio pascual-, como en su vida de servicio, con la que afirma la presencia salvífica de Cristo en las cosas humanas y en la vida del mundo.

50 JUAN PABLO II, Carta Apostólica para el año de la Eucaristía (7 octubre 2004) *Mane nobiscum Domine* (MND), 24.

51 Cf. SAC, 51.

52 Oración después de la comunión del XXV Domingo del Tiempo Ordinario: «*ut redemptionis effectum et mysteriis capiamus et moribus*».

IV

LA MISIÓN DE LA IGLESIA EN ASIA: MISIÓN EN DIÁLOGO

A. El diálogo como modalidad privilegiada de la misión

En el contexto concreto del continente asiático, la Iglesia -que es siempre y en todo lugar una comunidad misionera por su origen y su relación con Cristo⁵³- está llamada de modo particular a sostener su mandato misionero en un espíritu de diálogo. Tal diálogo, como particular criterio de misión, no sólo se hace necesario para asegurar las relaciones y la pacífica coexistencia entre los pueblos de Asia, tan diversos por la variedad de lenguas, religiones y culturas. Esta modalidad de compromiso misionero halla su raíz, más bien, en la economía trinitaria de la redención y en la llamada a la comunión con la que el Padre se ha puesto en relación con la humanidad, a través de un amoroso diálogo de salvación, que Él mantiene con la humanidad por medio del Hijo y con la potencia del Espíritu Santo⁵⁴.

El diálogo «*corresponde a la manera en que Dios actuó en Jesucristo, que se hizo hombre, compartió la vida humana y habló un lenguaje humano para comunicar su mensaje salvífico*»⁵⁵.

La Iglesia, por tanto, no tiene otra senda para realizar el mandato misionero recibido de su Maestro y Señor (cf. *Jn* 13,14) que la del diálogo de salvación con todos los hombres y las mujeres, reproduciendo el carácter esencial de la iniciativa divina para la redención y la comunión⁵⁶. La visión del Concilio Vaticano II sobre el modo en el que la Iglesia está llamada a realizar su misión en el mundo moderno refleja un compromiso dialógico con los diversos pueblos, lenguas, religiones, culturas y estructuras socio-políticas⁵⁷. Esto es una realidad, especialmente en Asia, donde se halla comprometida en el diálogo con «*quienes comparten la fe en Jesucristo, Señor y Salvador*», pero también con «*los seguidores de las demás tradiciones religiosas, sobre la base del anhelo religioso presente en todo corazón humano*»⁵⁸.

53 Cf. SC, 6.

54 Cf. EA, 29.

55 *Ibid.*

56 Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO, *El diálogo y el anuncio. Reflexiones y orientaciones sobre el diálogo interreligioso y sobre el anuncio del Evangelio de Jesucristo* (19 Mayo 1991) en OR, 21 junio 1991.

57 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo (7 diciembre 1965) *Gaudium et Spes* (GS), especialmente los nn. 23, 42. *Ad Gentes* (AG), Decreto del Concilio Vaticano II sobre la actividad misionera de la Iglesia (7 diciembre 1965), nn. 5 e 10.

58 EA, 29.

Ya en su primera Asamblea plenaria, los Obispos de Asia reconocieron qué rasgos particulares debía asumir este diálogo en el contexto de la misión en Asia: «*Diálogo continuo, humilde y amoroso con las tradiciones vivas, las culturas, las religiones; en síntesis, con las realidades vitales de aquellos pueblos en medio a los cuales la Iglesia ha echado raíces profundas haciendo propias sus historias y sus vidas*»⁵⁹. Aunque indicado hace treinta años⁶⁰, este triple diálogo sigue siendo fundamental: diálogo con las culturas de los pueblos asiáticos, con sus religiones, con las situaciones de pobreza, de impotencia, de sufrimiento y opresión que afectan a un gran número de personas⁶¹.

B. Los elementos del diálogo

Este triple diálogo debe ser acometido «como un testimonio de Cristo dado con palabras y obras, a fin de llegar a las personas en la realidad concreta de su vida cotidiana»⁶². El testimonio de Cristo con la palabra se realiza mediante el anuncio explícito del Evangelio de salvación y con el uso de historias y de otras formas narrativas particularmente eficaces; la mayor parte de los pueblos asiáticos, de hecho, se relacionan mejor con «*una pedagogía evocativa, que utiliza historias, parábolas y símbolos*»⁶³. El Primer Congreso Misionero Asiático celebrado en Chiang Mai, en Tailandia, en Octubre de 2006, recordó con pasión y gratitud que Jesús mismo enseñó utilizando parábolas e historias que revelaron la profundidad del Reino de Dios, ¡que es la historia del amor de Dios hecho hombre por nosotros!⁶⁴ Tales historias tienen el particular poder de hacer comprender incluso los misterios más profundos de la fe, hasta transformar las perspectivas y los valores de la vida, construir comunidades y realizar la comunión.

El testimonio de Cristo con las obras, por otro lado, se realiza cuando, sobre la base de este triple diálogo, se emprenden acciones concretas de servicio a favor de la justicia, de la paz y de la dignidad humana, hasta conducir a los pobres y marginados al desarrollo integral y a la liberación. Ambos modos de compromiso (palabras y obras) comportan un diálogo de vida, la inmersión en la situación de los pueblos a los que es proclamado el Evangelio de salvación, una gran sensibilidad hacia su cultura, el respeto y la acogida de todos, una actitud de escucha

59 FEDERATION OF ASIAN BISHOPS' CONFERENCE (FABC), *Evangelization in Modern Day Asia*. First FABC Plenary Assembly (1974), in *For All the Peoples of Asia* (FAPA) I. *FABC Documents from 1970-1991*, ed. F. J. Eilers, Quezon City 1997, n. 14.

60 Este triple diálogo fue articulado por primera vez en la primera asamblea plenaria de la FABC celebrada en Taipei en abril de 1974. Cf. FAPA I, pp. 25-41.

61 Cf. FEDERATION OF ASIAN BISHOPS' CONFERENCE, *7th Plenary Assembly (2000)*, en FAPA III, n.4.

62 Bishops' Institute for Missionary Apostolate I (Baguio), 5.

63 EA, 20.

64 *Telling the Story of Jesus in Asia. The Message of the First Asian Mission Congress*, Chiang Mai, Thailand (18-22 October 2006).

benévola, el desarrollo de relaciones humanas y la paciencia en el aprendizaje. Este diálogo en la misión, además, pide una “espiritualidad de la defensa” que protege la integridad de la creación a favor de cuantos sufren a causa de las calamidades destructivas derivadas del abuso del medio ambiente y de los recursos naturales, o de la injusta distribución de los bienes de la tierra.

Al mismo tiempo, el evangelizador deberá tener una referencia constante en la persona y el estilo de Jesús, en el respeto hacia el Espíritu, en el discernimiento orante, en la búsqueda de una *kénosis* personal, en la compasión y en la capacidad de orientar a otros en la vida de gracia y santidad.

C. El diálogo y el anuncio

El diálogo no es un fin en sí mismo, sino para el intercambio y la ‘interculturación’. Esto permite respetar a los otros, reconocer sus dones y su modo propio de experimentar la bondad de Dios⁶⁵: «A través de las varias fases del diálogo, las dos partes sentirán una gran necesidad de dar y recibir informaciones y explicaciones, de hacerse preguntas los unos a los otros»⁶⁶. Por su parte, mediante el diálogo, los cristianos deberían estar preparados para ofrecer la propia fe, dar cuenta de la esperanza que atesoran (cf. *1Pe* 3,15) como respuesta a las expectativas de sus interlocutores. El diálogo es siempre en vistas al anuncio y al compartir la propia fe y la propia esperanza en Cristo. No se puede dar verdadera evangelización sin el anuncio de Jesucristo, de su muerte salvífica y de su resurrección⁶⁷. No se puede compartir con los otros lo que no se tiene. Para participar fructíferamente en este diálogo, los cristianos deben profundizar su fe en Cristo y en su misterio pascual, purificar sus actitudes, clarificar su lenguaje y hacer cada vez más auténtico su culto⁶⁸.

Todas las fases del diálogo y del anuncio deben, finalmente, estar motivadas por el amor. Los cristianos anuncian y comparten su fe en Cristo no sólo en obediencia al mandato del Salvador, sino por amor. Por otro lado, se espera que, del mismo modo, los seguidores de otras religiones compartan las riquezas de su fe. El mismo espíritu de caridad cristiana es necesario para abrirse y dejarse enriquecer por el compartir con los demás. A este respecto, los Obispos de Asia han dado una oportuna precisión: «dialogar no significa renunciar a la propia convicción, ponerla entre paréntesis o refugiarse en fáciles consensos. Al contrario, para un diálogo profundo y fecundo es necesario que cada interlocutor esté firmemente comprometido con su fe»⁶⁹. Toda forma de diálogo implica reciprocidad y aleja el temor y la agresividad⁷⁰.

65 Cf. *Faith Encounters in Social Action IV* (Kuala Lumpur), 12.

66 *El diálogo y el anuncio... cit.*, 82.

67 EG, 110; EA, 2 e 29. PAOLO VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (EN), 22.

68 *El diálogo y el anuncio... cit.*, 82.

69 Bishops' Institute for Interreligious Affairs IV/7 (Tagaytay), n. 10.

D. La Eucaristía, fuente y culmen del diálogo

En la vida de la Iglesia, la Eucaristía es, al mismo tiempo, fuente y culmen del diálogo. Con nuestra participación en la celebración eucarística, entramos en una comunión de vida con la Trinidad incorporándonos a un diálogo de vida y de salvación, que tuvo su comienzo en la historia, y hoy continúa en el misterio litúrgico con la potencia del Espíritu Santo. Los diversos elementos de la celebración implican nuestro cuerpo, nuestros sentidos, nuestra conciencia y nuestro corazón en aquel diálogo que nos permite tomar parte en el ritmo de la vida de Cristo ofrecida por nuestra salvación. Formando una asamblea celebrante, respondemos a la llamada del Padre que nos quiere nuevo pueblo de la alianza. Con la escucha y la asimilación de la Palabra proclamada, nos comprometemos en un diálogo, a través del cual el Padre ofrece curación y nos enriquece con su vida y con su amor, sobre todo, con la ayuda de la homilía que, por su contexto eucarístico, supera cualquier otra forma de catequesis, porque conduce a la comunión sacramental⁷¹.

Nutriéndonos de Cristo y bebiendo de la copa de la salvación, entramos de un modo totalmente singular en un diálogo de vida con la Trinidad; al dejar la asamblea eucarística, somos invitados a proseguir este diálogo trinitario de la vida y de la salvación mediante formas de servicio amoroso hacia los pobres, los últimos, los alejados⁷².

El movimiento dinámico de la acción celebrativa, por tanto, nos hace comprender que la Eucaristía es el memorial vivo del diálogo que marcó la vida y el ministerio de Jesús, y que halló el culmen en su misterio pascual de pasión, muerte, resurrección y glorificación. Tal diálogo fue, simultáneamente, un acto de obediencia al Padre y un sacrificio de alabanza (movimiento ascendente), la manifestación de su compasión hacia los pobres y los pecadores y la realización de la forma más alta de servicio fraterno (movimiento descendente)⁷³.

En Asia, donde la modalidad característica de la existencia de la Iglesia es la del diálogo, la Eucaristía resplandece como «*la experiencia extraordinaria del diálogo de Dios con nosotros y de nuestra respuesta a él: un diálogo de vida, un diálogo de amor*»⁷⁴. El hecho de que en la Eucaristía Cristo invite a todos a una mesa fraterna para compartir su vida con palabras de amor y de curación y con una comida que establece relaciones de amor entre quienes invocan a Dios como Padre, significa mucho para un pueblo cuya cultura está orgullosa de mantener estrechos vínculos familiares, reforzados con la presencia activa de los padres y con las comidas vividas en familia. El hecho de que Cristo se ofrezca a sí mismo como pan que sacia todas las hambres

70 *El diálogo y el anuncio... cit.*, 82.

71 EG, 137. DD,41

72 Cf. EA, 24.

73 Cf. FABC, *Living the Eucharist in Asia. Final Document of the IX FABC Plenary Assembly* (10-16 August 2009).

74 Cf. CATHOLIC BISHOPS' CONFERENCE OF THE PHILIPPINES, Pastoral Letter *Landas ng Pagpapakabanal*, on Filipino Spirituality (2000), 71-74.

y bebida que sacia toda sed, puede llenar de gozo el corazón de las multitudes que en este continente experimentan cotidianamente la carencia de lo necesario⁷⁵.

La Eucaristía debería ser un punto de referencia constante en el continuo diálogo misionero de las Iglesias de Asia con las culturas locales, las religiones, los pobres y los jóvenes. Porque el diálogo entre Dios y la humanidad, que se pone de manifiesto, es la semilla de la misión.

75 *Ib*, 75-76.

V

UNA MISIÓN EN DIÁLOGO CON LOS PUEBLOS Y LAS CULTURAS

La misión de la Iglesia en Asia se realiza en diálogo con una gran variedad de culturas. Asia, no es sólo el mayor continente de la tierra habitado por algo menos de los dos tercios de la población mundial; es también sede de un enjambre de culturas, lenguas, diversidad de fe y tradiciones⁷⁶. Evocando una observación hecha por los Obispos del continente⁷⁷, el Papa Francisco subrayó las múltiples influencias ejercidas sobre las culturas asiáticas por los nuevos modelos de comportamiento debidos a una excesiva exposición a los medios de comunicación. La consecuencia es que los valores tradicionales -entre ellos la sacralidad del matrimonio y la estabilidad de la familia- se han debilitado por los influjos negativos de la industria de los medios de comunicación y del espectáculo⁷⁸. A todo ello se añade el hecho de que el cristianismo sigue siendo una religión minoritaria en el continente al ser considerada todavía «demasiado occidental» o «instrumento de dominación colonial»⁷⁹. Por esto, la misión cristiana en Asia pasa necesariamente a través del diálogo con las culturas de los pueblos asiáticos, para que la fe sea inculturada y la cultura sea evangelizada⁸⁰.

A. Inculturación y misión

1. *Una necesidad teológica y pastoral*

El compromiso de la inculturación tiene el objetivo de construir verdaderas comunidades cristianas que sean asiáticas en su modo de pensar, orar, vivir y comunicar la propia experiencia de Cristo a los demás⁸¹. Ante a esta visión, la inculturación no es sólo una cuestión de opción, sino un imperativo teológico y pastoral. El misterio de la encarnación y el misterio pascual son el fundamento y el modelo para la profunda inserción de las Iglesias locales en las culturas circunstantes, en lo referente a su vida, al modo de celebrar, al testimonio y a la misión⁸².

76 EA, 6.

77 *Ib.*, 7.

78 EG, 62.

79 A.J. CHUPUNGO, *Mission and Inculturation: East Asia and the Pacific*, en *The Oxford History of Christian Worship*, ed. G. Wainwright-K. B. Westerfield Tucker, Oxford: Oxford University Press, 2006, p. 665.

80 Cf. *Consultation on Evangelization and Inculturation*, en FAPA III, p. 218.

81 Cf. *Conclusions of the Asian Colloquium on ministries in the Church* (Hong Kong, 1977), en FAPA I, p. 70.

82 *Church Issues in Asia in the context of Evangelization, Dialogue and Proclamation. Conclusions of the Theological Consultations* (Thailand, 3-10 November 1991), en FAPA II, p. 201.

El Hijo de Dios se hizo hombre haciéndose parte de la historia, de la cultura, de las tradiciones y de la religión del pueblo hebreo. Del mismo modo, la Iglesia debe encarnarse en cualquier raza y cultura en la que se encuentre viviendo. Debe llegar a ser parte de aquel pueblo en medio del cual ha puesto sus raíces, «*con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió*»⁸³. La Iglesia debe identificarse en la vida de los pueblos que la acogen y no puede permanecer extraña. Debe encarnarse hasta el punto de ser considerada no sólo como la Iglesia que vive en Asia, sino como la Iglesia asiática; no sólo como la Iglesia que vive en Filipinas, sino como la Iglesia filipina.

Tal actitud, en lugar de poner en peligro la unidad de la Iglesia, promoverá su universalidad. Cristo, a través de la fe de la Iglesia y la celebración de su obra salvífica, sigue encarnándose en los diversos pueblos y culturas. Él es el salvador universal, porque asume las realidades concretas de cada pueblo y les ofrece la redención. Así, la Iglesia es verdaderamente universal, porque se encarna en las realidades concretas de cada Iglesia particular. Cuando realiza tal encarnación, enriquece no sólo a las personas que reciben la fe, sino también a sí misma.

2. *En diálogo con las culturas de Asia*

Con el anuncio del Evangelio y la utilización de las realidades culturales de un pueblo en las celebraciones litúrgicas, la Iglesia continúa en el tiempo y en el espacio el diálogo de salvación, iniciado por Dios y llegado a su momento culminante cuando el Padre, en la plenitud de los tiempos, comunicó su Palabra en la historia de los hombres⁸⁴. La inculturación no es un simple instrumento para hacer más atrayente y aceptable la fe, el culto y la vida a un pueblo particular. Realizar el diálogo con las culturas de Asia significa encarnar de verdad el mensaje y la vida de Cristo en la mente y en el corazón de nuestros pueblos, para que puedan vivir en un mundo inconfundiblemente asiático y como la Iglesia particular que vive en Asia.

El Evangelio les es predicado con el uso de símbolos vivos, imágenes, realidades e historias, que pertenecen a su experiencia cotidiana. Reciben la palabra como fundamento de sus vidas, de sus actitudes y aspiraciones, y son ayudados a experimentar la fe y a celebrar la liturgia de modo que refleje los valores que aman, utilizando expresiones provenientes de su propia cultura. Después de todo, la lengua, los ritos y símbolos del culto cristiano, tienen siempre su origen en una cultura y continúan conservando el significado de aquella cultura. La historia de la liturgia testimonia la integración de elementos culturales provenientes de los diversos pueblos con los que la Iglesia entró en contacto a lo largo de los siglos⁸⁵. Las

83 AG, 10.

84 Cf. *Letter of Participants of the First Bishops Institute for Missionary Apostolate*, Baguio City, Philippines, 27 July 1978, en FAPA I, p. 94.

85 Cf. A.J. CHUPUNCO, *Op. cit.*, 662.

celebraciones de una comunidad cristiana particular no pueden dejar de asumir las expresiones culturales de la población local. De este modo los cristianos llegan a ser el Cuerpo de Cristo en aquel particular momento y lugar. Con este diálogo, el Evangelio es inculturado y las diversas culturas son evangelizadas.

Nacen así comunidades que son locales, pero que viven en comunión con otras comunidades que tienen también su propia especificidad. Unidas, profesan la única fe y comparten el único Espíritu, una única vida sacramental y una única Eucaristía, aunque celebrada con características propias. En el fondo, cada Iglesia particular representa el modo más eficaz de encarnar el Evangelio y celebrar el culto divino integrando los valores auténticos de cada cultura.

La Iglesia en Asia debe considerar con anchura de miras aquellos elementos de las culturas locales, que pueden contribuir a la construcción de una auténtica espiritualidad cristiana: una oración profundamente interiorizada y capaz de implicar toda la persona en su unidad de cuerpo – psique – espíritu; las numerosas tradiciones de ascesis y renuncia, las técnicas de contemplación presentes en las antiguas religiones orientales; las expresiones populares de fe y de piedad fácilmente accesibles, de modo que los corazones y las mentes de todos puedan fácilmente dirigirse a Dios en el tejido de la vida cotidiana. El Espíritu está conduciendo a las Iglesias de Asia a integrar en el tesoro de su patrimonio cristiano todo lo que hay de bueno en las modalidades tradicionales de oración y de culto. Este es el don de oración que Asia ofrece a la Iglesia.

B. La piedad popular en el diálogo de la Iglesia con las culturas de Asia

El discurso sobre el diálogo de la Iglesia con las diversas culturas de Asia en el contexto concreto de Asia, no puede ser completo sin la consideración de las múltiples formas de piedad popular, que abundan entre los pueblos del continente. Los seguidores de todas las culturas y religiones se hallan inmersos en celebraciones, fiestas religiosas y devociones populares que no pueden ser ignoradas en una misión evangelizadora llamada a inculturar la fe y la liturgia⁸⁶. Tales formas de piedad popular *«reflejan una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer»* y hace a la persona *«capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe»*⁸⁷.

En el contexto de la misión en Asia, se ha de reconocer, ante todo, la importancia de la piedad popular y de sus varias formas en la comunicación del Evangelio. En segundo lugar, la Iglesia en Asia está llamada a integrar en la liturgia algunos de los elementos lingüísticos y rituales de la piedad popular, de modo que los fieles se sientan como en casa y allí

86 Cf. EA, 22.

87 EN, 48.

experimenten la presencia de Dios, que les socorre en las necesidades cotidianas. En otras palabras, es necesario un intercambio enriquecedor entre liturgia y piedad popular, de modo que *«pueda encauzar con lucidez y prudencia los anhelos de oración y vitalidad carismática que hoy se comprueba en nuestros países»* y la piedad popular *«con su gran riqueza simbólica y expresiva pueda proporcionar a la liturgia un dinamismo creador»*⁸⁸.

1. *La piedad popular en la misión de la Iglesia*

Las experiencias misioneras de la Iglesia en Asia, igual que en América Latina y África, testimonian la fuerza intrínseca de la piedad popular en el proceso de acogida y asimilación de la fe en un pueblo y en su transmisión a las generaciones futuras. En este sentido, no está de más recordar que la piedad popular, presente en la experiencia filipina de la misión, es significativamente parecida a la piedad popular de otros países, tanto asiáticos como latinoamericanos y africanos.

Los misioneros españoles consiguieron difundir fácilmente la fe cristiana entre los pueblos del archipiélago filipino, introduciendo la devoción al Santo Niño y a la Santísima Virgen. La piedad popular ha sido siempre la piedra angular del catolicismo en este país. Fue precisamente por la adhesión a sus devociones religiosas por la que los filipinos no abandonaron la fe cristiana, incluso cuando se rebelaron contra los religiosos españoles, que los habían evangelizado. Igualmente, cuando el sistema educativo del país era controlado por los maestros protestantes americanos, los filipinos no se alejaron del catolicismo romano. Incluso hoy, las actividades de proselitismo de las sectas fundamentalistas han encontrado, entre los católicos, un terreno poco favorable, porque tales sectas no simpatizan con las devociones populares.

La historia de la fe cristiana en Filipinas incluyó siempre las devociones religiosas. Es un hecho que *«mucho de lo que los católicos filipinos conocen respecto de la doctrina católica y sus valores éticos, ha sido aprendido a través de los sacramentos y las prácticas devocionales»*⁸⁹. Además, la práctica de algunas formas de piedad popular ha ofrecido siempre la ocasión para organizar formas de caridad hacia los pobres.

Por esto y por muchas otras historias de misión similares, la Iglesia promueve una actitud comprensiva hacia la piedad popular, acercándose *«a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres»*⁹⁰. La piedad popular debe ser promovida y reforzada: posee, de

88 CELAM, *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, Documento de Puebla (1979)*, 465; Bologna (Emi) 1979.

89 CATHOLIC BISHOPS' CONFERENCE OF THE PHILIPPINES, *New National Catechetical Directory for the Philippines*, Manila 2007, n. 308.

90 EG, 125.

hecho, una capacidad evangelizadora, que no se debe minusvalorar, ya que manifiesta una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo⁹¹.

En la práctica, esta actitud comprensiva puede conducir a la integración de algunos aspectos (lingüísticos y rituales) de la piedad popular con la liturgia. Las personas pueden experimentar así algo familiar en la liturgia y, al mismo tiempo, la piedad popular se convierte en un auténtico medio de evangelización. En este caso, un sano diálogo entre liturgia y cultura aporta un rostro humano a la liturgia y un fundamento más sólido a la religiosidad popular.

C. La Eucaristía en el diálogo de la Iglesia con las culturas

En la gran variedad de culturas, valores y tradiciones que caracterizan el continente asiático, se pueden descubrir muchos elementos comunes: fuertes vínculos familiares, el respeto filial, las comidas en familia, la sacralidad de la palabra de Dios (transmitida en los escritos sagrados), la hospitalidad, el liderazgo ejercido como servicio y la disponibilidad al sacrificio. Por esto, los hombres y las mujeres del continente no tendrán dificultad para reconocer, en la celebración eucarística, los muchos valores que comparten.

La Eucaristía, considerada como comida, sostiene claramente la hospitalidad y las relaciones familiares, tan apreciadas por la mayoría de las personas de origen asiático. La Eucaristía, entonces, puede ser presentada como la mesa familiar en la que Dios reúne a sus hijos para nutrirlos con su Palabra y con el cuerpo de su Hijo amado, una cena en la que los pequeños pueden alabar al Padre, agradecer su inmenso amor y expresar tranquilamente las propias necesidades ante quienes forman su gran familia.

La Eucaristía como sacrificio es profundamente significativa para la mayor parte de los habitantes de Asia, porque ellos entienden el liderazgo (en la familia y en la sociedad) como un servicio ejercitado con disponibilidad para sacrificarse por el bien de los demás. Es frecuente que, en las familias pobres de Filipinas, los padres dejen comer primero a los hijos para asegurarse que ninguno de ellos pase hambre. Igualmente, los hermanos mayores trabajan toda la vida para permitir a los más pequeños ir a la escuela.

La celebración eucarística, mesa familiar y sacrificio, es el mejor modo para anunciar la buena noticia de Dios que ofrece su salvación a través del don de su Hijo: él se sacrifica para que todos nosotros entremos a formar parte de su familia, seamos enriquecidos con su Palabra, vivificados por su cuerpo entregado y alimentados con su pan compartido. Así, la Eucaristía se convierte en el mejor modo para abrirse a la misión y para compartir la vida con los demás.

91 *Ibid.*

VI

UNA MISIÓN EN DIÁLOGO CON LAS OTRAS RELIGIONES

Asia, además de ser un contexto humano multicultural, es también un amplio abanico de religiones y tradiciones religiosas. En Asia nacieron el judaísmo, el cristianismo, el islam, el hinduismo y muchas otras tradiciones espirituales representadas por budistas, taoístas, confucionistas, seguidores de Zoroastro, jainistas, sijs, sintoístas. No faltan tampoco otras religiones tradicionales o tribales con diversidad de prácticas.

A. Un diálogo de vida y de corazón

1. *Las semillas escondidas del Verbo*⁹²

En su diálogo con la realidad multi-religiosa de Asia, la Iglesia asume una actitud de profundo respeto y reverencia hacia las otras creencias y religiones, reconociendo, de algún modo, que han contribuido a acercar a Dios la humanidad⁹³. Mientras se esfuerza en mantener firme su enraizamiento en Cristo, la Iglesia trata de comprender mejor la vida, la doctrina, los dogmas y los ritos de las demás tradiciones religiosas, con el fin de implicarlas en un respetuoso encuentro capaz de ofrecer mutuo enriquecimiento. Estas grandes tradiciones religiosas, después de todo, proclaman valores espirituales, éticos y humanos, que manifiestan la presencia de las semillas del Verbo y, a la vez, la obra creadora del Espíritu Santo en el mundo. La profunda experiencia religiosa de nuestros antepasados y las nobles aspiraciones de sus corazones siguen manifestándose en estas tradiciones religiosas, que ofrecen sentido, guía y fuerza a quienes las siguen.

2. *El modelo de la encarnación de Cristo*

Esta actitud positiva hacia otras culturas religiosas del continente es conforme al plan salvífico de la encarnación con el que Cristo asumió todo lo que es humano (menos el pecado), con el fin de abrazar a todos en la luz de su amor⁹⁴. Cristo reveló el misterio de Dios y cumplió su misión salvífica en el contexto de la tradición religiosa de Israel. Los apóstoles y los primeros misioneros de la Iglesia tuvieron la misma actitud de diálogo ante las diversas culturas religiosas presentes en el mundo greco-romano.

92 Cf. AG, 11.

93 Cf. CONCILIO VATICANO II, Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas (28 octubre 1965) *Nostra aetate* (NA), 2.

94 Cf. AG, 10.

3. *En un espíritu ecuménico y misionero*

La Iglesia, deseando «fortalecer lo que sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia»⁹⁵, alienta a los cristianos a asumir una actitud de apertura hacia las otras tradiciones religiosas, para que «descubran con gozo y respeto las semillas de la Palabra que en ellas laten»⁹⁶. Incluso les anima a utilizar las costumbres y las tradiciones, el saber y la cultura, las artes y las ciencias de las demás tradiciones religiosas, a condición de que no sean incompatibles con el Evangelio y la fe cristiana, para expresar la gloria al Creador, para explicar la gracia del Salvador⁹⁷.

Esta actitud de apertura y comunión, lejos de traicionar a la fe, motivará a los cristianos para encontrar modos, de vivir y expresar la propia fe cristiana entre los fieles de otras religiones. Les ayudará a descubrir las muchas riquezas de la propia fe desconocidas hasta ese momento. Este diálogo permitirá discernir, a la luz de la Palabra de Dios, cómo la fe en Cristo puede ser enriquecida por otras tradiciones religiosas y, también, todo lo que en estas religiones debe ser purificado antes de ser asimilado en la práctica cristiana.

B. El primado del testimonio

En el ambiente asiático multi-religioso, la misión evangelizadora deberá consistir, ante todo, en el testimonio del amor del Padre de modo sencillo y directo⁹⁸. Esto significa que, viviendo como Jesús, los cristianos y sus comunidades están llamados a conducir a los hermanos y hermanas no cristianos a la fe en el Dios revelado por Jesucristo. Normalmente, este testimonio se realiza a través de una presencia solidaria capaz de atender a cuantos viven en pobreza y miseria. Todo ello para responder a las necesidades de las personas que, como Cristo enseña en el Evangelio, son más importantes que cualquier institución o estructura. «Este testimonio resulta plenamente evangelizador cuando pone de manifiesto que para el hombre el Creador no es un poder anónimo y lejano: es Padre. Somos hermanos los unos de los otros, en Dios»⁹⁹.

En medio de diferencias tan grandes y, con frecuencia, de conflictos de variado género, la Iglesia, por su misma naturaleza, no sólo es signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, sino que testimonia también que Dios llama a todos los hombres a alcanzar la unidad plena en Cristo¹⁰⁰. Con su fe y su compromiso, los bautizados

95 SC, 1.

96 AG, 11.

97 *Ib.*, 22.

98 Cf. EN, 26.

99 *Ibid.*

100 LG, 1.

tienen un papel particular para desempeñar este diálogo según las diversas modalidades - familia, política, instrucción, cultura, ambiente social- de su presencia en el mundo. Como la levadura evangélica puesta en la masa, son animados a dirigir el curso de los acontecimientos humanos y de la historia hacia la plenitud escatológica a la que tiende todo hombre y toda mujer.

C. Unidad y esperanza cristiana

El diálogo respetuoso y caritativo con las otras culturas religiosas ha tenido siempre la finalidad de compartir el tesoro más grande, o sea el anuncio de Cristo. Esta es la forma ideal de evangelización con la que, en humildad y apoyo mutuo, tratamos de compartir la plenitud de Cristo, es decir, el plan de Dios para la creación entera. La búsqueda de Dios y de un vínculo fraterno, objetivo compartido por todos los seres humanos, seguirá alimentando la esperanza de que la humanidad entera será reunida, un día, bajo el signo de la paternidad del único Dios.

D. La Eucaristía en el diálogo de la Iglesia con las otras religiones

Familia, reconciliación, comunión de vida, solidaridad, hospitalidad, servicio, amor por la naturaleza, silencio y contemplación son sólo algunos de los preciosos valores que los pueblos de Asia comparten más allá de su credo religioso. Estos valores están presentes y son defendidos con fuerza en la celebración eucarística. Nuestra participación eucarística, además de agudizar nuestro deseo de garantizar estos valores tan preciosos, nos impulsa a realizar acciones concretas en los ambientes en los que vivimos. Participando en la Eucaristía, crece en nosotros la convicción de que el sueño de Dios es reunir a todos sus hijos en una única familia, y que todo esto puede ser realizado, si al diálogo y al anuncio “desde las azoteas”, siguen acciones eficaces de servicio, que pongan remedio a los efectos opresores del pecado, y puedan gozar todos, según el designio de Dios, de la plena dignidad humana.

La Eucaristía, por un lado, tiene la finalidad de *«edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo»*¹⁰¹. Por otro, fortalece maravillosamente la opción de predicar a Cristo, porque *«presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones, para que, bajo de él, se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor»*¹⁰².

101 SC, 2.

102 *Ibid.*

VII

UNA MISIÓN EN DIÁLOGO CON LOS POBRES

La misión de la Iglesia en Asia debe ser realizada en diálogo con los pobres. Porque, mientras el continente es rico en cultura y sus pueblos son ricos en valores humanos y religiosos, una gran multitud de gente vive en situación de pobreza, marginación y sufrimiento. Una parte considerable de los habitantes del continente, de hecho, -aun teniendo Asia disponibilidad de recursos naturales y de bienes materiales- no puede acceder a cuanto es necesario para vivir con dignidad y garantizar un futuro estable para sí y para la propia familia. Estructuras sociales, económicas y políticas injustas y opresoras, impiden gozar del rico patrimonio de la tierra.

A. La opción preferencial por los pobres

Ante esta situación particular de Asia, la Iglesia se siente llamada a ser la Iglesia de los pobres; pone en primer lugar de su vida y misión a los pobres, los desheredados y los oprimidos. Como en el caso del diálogo con las culturas, el diálogo de la Iglesia con los pobres es un imperativo teológico y moral. Cristo, en efecto, se hizo pobre y «*se identificó con ellos de modo especial*»¹⁰³: «*En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*» (cf. Mt 25,40).

Tal opción es llamada preferencial, no para excluir a nadie, sino para subrayar que los pobres ocupan el primer puesto en la consideración de la Iglesia, en su ministerio y en el uso de sus recursos. La sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, testimonia una y otra vez que los pobres tienen un lugar privilegiado en el corazón de Dios y en la vida y en la misión de Cristo, elocuentemente manifestada en el Evangelio¹⁰⁴.

B. Implicaciones y consecuencias

Los Obispos asiáticos han reconocido hace ya tiempo que la Iglesia del continente debe convertirse cada vez más en “Iglesia de los pobres” con todo lo que ello implica¹⁰⁵. Significa, en primer lugar, que cuantos han sido puestos como pastores del rebaño de Dios en Asia deben

103 EA, 34. Cf. también EG, 126.

104 EG, 187.

105 Cf. ASIAN BISHOPS' MEETING, *Message of the Conference* (Manila 1970), en FAPA I, p. 5.

llevar una vida sencilla para que los pobres perciban que los pastores comparten su condición. Con esta sencillez de vida, que es signo luminoso del Evangelio en acción, los pobres sentirán la cercanía genuina y sincera de sus pastores y recurrirán libremente a su ayuda y a su guía.

Una segunda implicación de este amor preferencial se manifiesta en el compromiso activo de la Iglesia por la liberación y la promoción de los pobres. Poniéndose al servicio del desarrollo humano y de la vida misma, comprometiéndose en una obra importante de asistencia sanitaria, de instrucción y pacificación, la Iglesia recuerda que esta llamada no es para unos pocos, sino que se dirige a todos: «*Dadles vosotros de comer*» (Mc 6,37)¹⁰⁶. Esto significa también favorecer una actitud solidaria entre todos para «*crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. La solidaridad es una reacción espontánea de quien reconoce la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada*»¹⁰⁷.

En tercer lugar, la opción por los pobres empuja a la Iglesia a asumir una posición profética contra las consecuencias negativas de la globalización económica y cultural, contra el peso de una deuda externa insostenible que pesa particularmente sobre el sustento de los indigentes; contra los daños ambientales causados por un desconsiderado progreso científico, económico y tecnológico. Muchos programas “para el progreso” crean frecuentemente daño a los más indefensos y a sus familias e implican cuestiones humanas, culturales y éticas de las que la Iglesia y los cristianos han de ser conscientes. También esto forma parte de la “misión”.

C. Trabajar por ellos, caminar con ellos

La primera asamblea general de la Federación de las Conferencias episcopales asiáticas (1974) invitó a las Iglesias particulares del continente a «*un esfuerzo continuo por llegar a ser cada vez más la Iglesia de los “anawim” (pobres de JHWH), una Iglesia que no se limita a trabajar por los pobres como una simple institución benéfica, sino que trabaja con los pobres, compartiendo la vida y las aspiraciones, conociendo la angustia y la esperanza, caminando con ellos en la búsqueda de una auténtica vida humana en Cristo Jesús*»¹⁰⁸.

Para trabajar y caminar con los pobres de Asia, la Iglesia ha tenido que identificar la fisonomía y los lugares habitados por ellos y comprender el tipo de pobreza que les afligía. Ellos están representados por las familias sin techo que abundan por las calles o construyen refugios temporales en los suburbios; por los refugiados en fuga de la guerra o de regímenes opresores; por los inmigrantes y trabajadores extranjeros que dejan sus países en busca de

106 Cf. EG, 188. Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Libertatis Nuntius*, Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la liberación (6 agosto 1984), 11.

107 EG, 188-189.

108 FABC, *Evangelization in Modern Day Asia. Statement of the First Plenary Assembly*, en FAPA I, p. 15.

mejores oportunidades y a menudo se encuentran solos, culturalmente extraños, lingüísticamente en desventaja y económicamente vulnerables. Pobres, también, son los pueblos indígenas y tribales discriminados a causa de su cultura, color, casta, estado económico o modo de pensar. Son las mujeres, víctimas de la violencia doméstica o consideradas como mercancía por la industria de la prostitución, del turismo o del entretenimiento. Son los niños que no han visto nunca la paz en su tierra o que son víctimas de formas variadas de explotación y de violencia, como la pedofilia o el trabajo infantil¹⁰⁹. Pobres, finalmente, son también quienes no han podido realizarse por falta de instrucción o de trabajo.

La Iglesia debe trabajar no sólo por ellos (distribuyendo, por ejemplo, ayudas tras el paso de un tifón o un terremoto), sino también con ellos, implicándoles en la tarea de transformar las estructuras que perpetúan su situación de pobreza. Todo ello requiere, también, el esfuerzo de realizar la justicia en nuestras sociedades, a través de un compromiso concreto, alimentado por la oración y por el conocimiento de los procesos sociales, de modo que cada acción manifieste - sin injerencias ideológicas- la intervención de Dios que libera a su pueblo.

D. La Eucaristía en el diálogo de la Iglesia con los pobres

En este marco es necesario considerar que la Eucaristía reafirma, ante todo, los valores que combaten las causas de la pobreza. En ella, el egoísmo y la avidez, que son la raíz de tantas formas de injusticia, se enfrentan con el amor oblativo de Cristo. Llamados por Cristo a ser una sola familia en la que Dios es “Padre nuestro”, somos empujados a combatir la apatía y el individualismo, que provocan la indiferencia ante el dolor del pobre y del que sufre. Frente a la actitud de cuantos, llamados a guiar a los otros, se preocupan más de los beneficios políticos y económicos que de las personas, está el ejemplo de servicio de Jesús, el Maestro y Señor, que lava los pies a sus discípulos (cf. *Jn* 13,13). Sobre todo, la Eucaristía combate el utilitarismo, el consumismo y el materialismo, que transforman a los más débiles en mercancía e instrumentos a utilizar para ganancia o placer. Con el don de sí, en efecto, Cristo entrega y comparte su vida para que otros puedan vivir. Actualizando «*sacramentalmente el don que Jesús hizo de su propia vida sobre la Cruz por nosotros y por el mundo entero*»¹¹⁰, la celebración eucarística nos envía al mundo para ser testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana.

Más aún, en la Eucaristía acogemos a Jesús como «*pan de vida*» (*Jn* 6,35), porque al mismo tiempo él es la Palabra salida de la boca de Dios (cf. *Dt* 8,3) y el «*pan vivo, bajado del cielo*» (*Jn* 6,51). Él es el «*pan cotidiano*» que pedimos en el *Padre nuestro*. Comulgando este pan de los pobres en la proclamación de la Palabra y en la Santa Comunión, podremos ofrecer vida en abundancia, convirtiéndonos en alimento para los hermanos y hermanas que pasan

109 EA, 34.

110 SAC, 88.

hambre, pan de compasión y de amor para los necesitados a través de las obras de misericordia¹¹¹.

111 Véase supra el Tercer Capítulo, apartado B, *La Eucaristía y la misión*, nn. 3-5.

VIII

UNA MISIÓN EN DIÁLOGO CON LOS JÓVENES

Asia es considerado el continente de los jóvenes porque, no solamente dos tercios de cuantos lo habitan son jóvenes, sino que también en él vive alrededor del 60 % de los jóvenes del mundo. Y, por añadidura, son pobres en su mayoría. Esto explica por qué el diálogo con los jóvenes es una prioridad de la misión de la Iglesia en Asia.

A. Los jóvenes son el presente y el futuro de la Iglesia

Para la Iglesia, los jóvenes no son sólo el futuro del mundo sino, ya hoy, su máspreciado tesoro¹¹², no son sólo los adultos del mañana, sino una realidad de este tiempo. La Iglesia asume la responsabilidad de preparar y formar a los jóvenes para sus responsabilidades futuras y para una inserción significativa en los diversos ámbitos de la vida. Son los agentes dinámicos del cambio, llenos de energía, entusiasmo e iniciativa, y, por eso, fuente de esperanza para la sociedad y para la Iglesia.

Los jóvenes, además, son también las personas más frágiles frente a las fuerzas destructivas presentes en la sociedad y no es raro que caigan víctimas de estructuras de explotación. Muchas y variadas son, hoy, las realidades que tienen un fuerte impacto sobre nuestros jóvenes. La globalización, los cambios políticos y la enorme difusión de los *mass-media* influyen radicalmente en la vida de los jóvenes de toda Asia¹¹³. Jóvenes de extracción urbana o rural, pobres o ricos, instruidos o ignorantes, ocupados o en paro, organizados o no, son todos zarandeados entre las olas de la cultura contemporánea. Pero los jóvenes forman también la Iglesia actual que, no sólo les considera una de sus prioridades pastorales, sino que desea involucrarlos en un servicio creativo y fecundo, especialmente entre sus compañeros y amigos.

B. Una tierra buena

Las Iglesias locales, al tiempo que admiten honestamente que son muchos y complejos los problemas que acechan a los jóvenes de Asia, los llaman «*a cumplir sus responsabilidades*

112 FABC, *Youth, Hope of Asian Families. Statement of the 4th Asian Youth Day, 30 July – 5 August 2006, Hong Kong*, en FAPA IV, p. 167.

113 FABC, *A Renewed Church in Asia: A Mission of Love and Service*, en FAPA III, pp. 9-10.

con relación al futuro de la sociedad y de la Iglesia, animándolos y sosteniéndolos en todo momento para estar segura de que sean capaces de asumir esa responsabilidad»¹¹⁴. Ellos deberían ser objeto de una adecuada atención pastoral, capaz de sembrar en ellos la «verdad del Evangelio como un misterio gozoso y liberador, que es preciso conocer, vivir y compartir con los demás con convicción y valentía»¹¹⁵. Pero, como el mundo en el que viven los jóvenes es como un terreno lleno de piedras y espinas, la pastoral juvenil debe ayudarles, ante todo, a ser una “tierra buena”, donde la semilla de la Palabra de Dios pueda nacer, arraigar, crecer y producir el ciento por uno (cf. Mt 13, 1-8).

Todo esto significa acompañar a los jóvenes en un camino que no es ciertamente fácil, a causa de los rápidos y drásticos cambios que suceden a su alrededor, y de aquellos, un tanto dramáticos, que han de afrontar en su desarrollo físico, emotivo, psicológico y espiritual. Se trata de preparar el terreno antes de la siembra para hacerlo receptivo y liberarlo de tantas distracciones que pueden sofocar el inicial crecimiento de la fe. Este aspecto del cuidado pastoral es necesario, antes o simultáneamente a la siembra de la Palabra de Dios, para que los jóvenes puedan transformarse en la tierra buena donde la semilla de la Palabra de Dios pueda dar frutos abundantes.

C. La formación juvenil

1. La misión educativa de la Iglesia en Asia

Aun en la gran diversidad que caracteriza el contexto concreto de Asia, la educación cristiana debe ofrecer a los jóvenes la capacidad de dialogar de modo significativo con los jóvenes que tienen otra fe. Tal educación, más o menos formal, debe conducir -primero- a un mejor conocimiento de las verdades fundamentales y de los valores de la fe cristiana y -después- también de las otras religiones. Pero, dado que la mayoría de estos jóvenes no pueden permitirse una instrucción escolástica a causa de su pobreza, las Iglesias del continente han de buscar otros modos creativos para ofrecerles una formación cristiana sobre todo mediante un itinerario catequético¹¹⁶ que ilumine y consolide la fe, nutra la vida según el espíritu de Cristo, conduzca a una participación activa y consciente en las celebraciones litúrgicas¹¹⁷, ofrezca motivaciones para el compromiso apostólico. Para esta tarea prioritaria podrá valerse de los medios de comunicación social además de la ayuda de diversos grupos y asociaciones juveniles.

114 EA, 47.

115 *Ibid.*

116 Cf. VATICANO II, *Christus Dominus* (CD), Decreto sobre la misión pastoral de los Obispos en la Iglesia, 13-14.

117 Cf. SC, 14.

2. *En camino con los jóvenes*

Pero, incluso en este caso, la formación de los jóvenes en el contexto de la misión de la Iglesia, pasa a través del común camino de búsqueda de la paz y el sentido de la vida, en el esfuerzo por garantizar un futuro más estable, en la lucha contra las falaces adulaciones de las ideologías, las modas, los vicios y, no en último lugar, en la lucha contra la desesperación. El gran éxito alcanzado por las “Jornadas Mundiales de la Juventud”, iniciadas por san Juan Pablo II en 1985, se ha advertido también en las “Jornadas de la juventud asiática” en las que chicos, provenientes de diversos países del continente, pueden experimentar un fuerte sentido de pertenencia mediante la oración común, las celebraciones eucarísticas, el compartir las comidas y la vida, el trabajo común, el gozo de la fiesta. En tales acontecimientos, los jóvenes sienten que la Iglesia camina en estrecho contacto con ellos, cree en lo que hacen, reaviva sus energías y refuerza su buena voluntad.

Caminar con los jóvenes significa reconocer el papel importante que ya desempeñan en la Iglesia y el que, todavía más, tendrán en el futuro¹¹⁸. Los jóvenes son un recurso, no un problema. Por ello hay que escucharles y acompañarles con una presencia orante que ofrezca orientaciones, facilitar su aprendizaje, compartiendo experiencias, más que con respuestas preconcebidas; implicarles más en los procesos de decisión y no limitarse a pedirles que ejecuten las decisiones de otros. Ello requiere también que cada parroquia y diócesis tenga una Comisión juvenil que dirija y regule las actividades eclesiales destinadas a los jóvenes. Sólo cuando los jóvenes sean reconocidos como actores y colaboradores de la misión evangelizadora de la Iglesia, podrán poner en acción todas sus potencialidades.

D. Actores y colaboradores

Los jóvenes no son solamente destinatarios del cuidado pastoral de la Iglesia. Muchos de ellos, en el compromiso misionero de las comunidades cristianas, son sujetos que trabajan en primera línea en varias obras apostólicas de caridad y de servicio, especialmente en beneficio de sus coetáneos. Con su entusiasmo y su energía pueden asumir, ya desde ahora, responsabilidades de dirección activa en la programación y ejecución de las actividades que les atañen.

En este tiempo nuestro, asistimos al nacimiento y crecimiento de asociaciones y movimientos juveniles. Estos manifiestan la obra del Espíritu Santo, que traza senderos nuevos para satisfacer las expectativas de los jóvenes, su profunda búsqueda de espiritualidad, el

118 FABC, *A Renewed Church in Asia: A Mission of Love and Service*, en FAPA III, p. 10.

sentido de pertenencia. Es necesario, no obstante, que estas asociaciones participen activamente en los esfuerzos misioneros de la Iglesia¹¹⁹.

E. La Eucaristía en el diálogo de la Iglesia con los jóvenes

1. La Eucaristía: un diálogo de amor

La misión de la Iglesia se ejercita también orientando a los jóvenes hacia la Eucaristía, para que sean sostenidos en su camino y encuentren respuestas a sus necesidades. Es, efectivamente, en la asamblea eucarística donde la Iglesia puede dialogar mejor con los jóvenes, anunciándoles el Evangelio de Cristo en el que encuentran las respuestas fundamentales a sus aspiraciones más profundas¹²⁰. En su encuentro eucarístico con Cristo, a través de las mesas de la Palabra y del Pan, hallan luz y guía para buscar el sentido de sus vidas. En la Eucaristía, Jesús mira a los jóvenes con aquel amor especial que manifestó al joven del Evangelio que invitó a seguirle (cf. *Mc* 10,21), compartiendo su amor filial al Padre y participando en su misión de salvación para la humanidad.

2. La Eucaristía: escuela fundamental de valores cristianos

A través de una implicación activa en la participación en la Eucaristía -una escucha atenta, gestos apropiados, oportunos momentos de silencio, asunción de ministerios específicos en la celebración- la juventud puede ser mejor formada para asumir un papel activo en la Iglesia y en la sociedad ya desde ahora y no sólo en el futuro. En la celebración eucarística, la Iglesia tiene mucho de qué dialogar con los jóvenes y éstos tienen mucho que decir a la Iglesia¹²¹. En torno a la mesa de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, la Iglesia ofrece instrucción y alimento¹²² con los que los jóvenes pueden ser preparados para convertirse en buena tierra en la que la semilla de la Palabra de Dios pueda dar fruto. La Eucaristía es la escuela ideal en la que los jóvenes pueden aprender los valores que construyen relaciones y comunidad, un sentido de gratitud y de responsabilidad por la creación, una disponibilidad al servicio y al sacrificio para ofrecer vida y plenitud a los demás.

3. La Eucaristía como comunicación

Considerando la particular importancia que los jóvenes dan a los medios de comunicación social y a la pericia en su utilización, la Iglesia podrá presentar la Eucaristía como la más alta e ideal encarnación de la comunicación donde se establece y promueve la

119 Cf. EG, 105.

120 Cf. JUAN PABLO II, Exhortación post-sinodal *Christifideles Laici* (CL) sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo (30 diciembre 1988), 46.

121 *Ibid.*

122 Cf. *Ordenación general del Misal Romano*, Tercera edición típica (20 abril 2000), 28.

amistad; donde se comparten esperanzas, sueños, gozos, anhelos; donde se defienden juntos las causas nobles. En la escuela de la Eucaristía, los jóvenes aprenderán que la comunicación no se limita a un mero intercambio de ideas o emociones, sino que -a un nivel más profundo- consiste en el don de sí en el amor¹²³. La Iglesia no debe cansarse nunca de decir a la juventud que Cristo instituyó la Eucaristía como «la forma más alta de comunión en que pudiesen participar los hombres», que conduce a «la más íntima y perfecta forma de unión entre los mismos hombres»¹²⁴.

La Eucaristía es el lugar donde se realiza la forma más profunda y transformadora de comunicación: en respuesta a la plegaria de invocación, el Padre a través de su Hijo amado envía al Espíritu Santo para que el pan y el vino, junto con toda la asamblea, se conviertan en Cuerpo de Cristo.

123 Cf. PONTIFICIA COMISIÓN PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, Instrucción Pastoral sobre los instrumentos de la comunicación social (23 mayo 1971) *Communio et Progressio*, 11.

124 *Ibid.*

IX

LA VIRGEN MARÍA Y LA EUCARISTÍA EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Acercándonos ya al final de nuestra reflexión sobre la Eucaristía y la misión de la Iglesia, nos volvemos hacia la Santísima Virgen María, que vivió plenamente el misterio eucarístico y se convirtió en el modelo perfecto de la Iglesia misionera.

A. María, ejemplo y madre de la Iglesia misionera

«Los cristianos de Asia profesan gran amor y devoción, venerándola como su Madre y Madre de Cristo»¹²⁵. Así escribía san Juan Pablo II, basándose en la declaración hecha por los Padres sinodales durante la Asamblea Especial del Sínodo para Asia en 1998. El himno del Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Manila en 1937, contiene una frase que habla del amor especial que el pueblo filipino ha tributado hacia la Virgen: «*pueblo amante de Maria*». Todo ello, por una parte manifiesta el especial amor y el afecto que los habitantes de este País y de este continente tienen hacia la Madre del Salvador, que ellos invocan también como su Madre. Por otro lado, muestra el sentido de la presencia de la Santísima Virgen en el camino misionero de la Iglesia en Asia. María es el modelo de la Iglesia en su misión de evangelización, porque colaboró estrechamente en la obra salvífica de su Hijo¹²⁶ y porque ejemplifica el camino misionero que la Iglesia ha emprendido.

María de Nazaret, primera destinataria de la Buena Nueva en la anunciación, proclamó la misma Buena noticia en la visita a Isabel y, después, al mundo entero en el nacimiento de su Hijo. Igualmente la Iglesia, antes de convertirse en comunidad evangelizadora, es llamada ante todo a dejarse evangelizar¹²⁷. A los pies de la cruz, Cristo confió la Iglesia y su misión al cuidado de su madre: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*» (Jn 19, 26-27). Sobre el Calvario María se convirtió en «*la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización*»¹²⁸.

125 EA, 51.

126 Cf. SC, 103.

127 Cf. EN, 15.

128 EG, 284.

1. *María fue la primera en ser evangelizada*

María oyó la palabra de Dios en el “primer evangelio” anunciado por el arcángel Gabriel. Su «*Fiat*», su definitivo «*Sí*» a la llamada de Dios, fue la apertura total de sí misma a la voluntad del Padre. Fue un acto de total obediencia y confianza, ya que confió su vida al designio del Altísimo. Con la fuerza del Espíritu, concibió al Hijo de Dios hecho hombre, que se hizo carne en su seno. Ofreció a Dios su humanidad y así, en la fe, se unió totalmente a la misión salvífica del Hijo en la historia de los hombres.

Todo lo que vivió a continuación -la visita a Isabel, la revelación a José respecto al hijo esperado, el nacimiento de Jesús en Belén, la presentación en el templo y la profecía de Simeón, la venida de los Magos, la huída de la sagrada familia a Egipto, la pérdida de Jesús y su hallazgo en el templo, su incapacidad de entender todo lo que estaba sucediendo y la meditación de los acontecimientos y de las palabras en su corazón- realizó su misión evangelizadora. A través de todos estos acontecimientos, se modeló su fe, su discipulado y, sobre todo, aquella maternidad espiritual a la que estaba destinada.

2. *María, la evangelizadora*

María llevó al niño en su vientre hasta la región montañosa de Judea para visitar a su prima Isabel. En el encuentro con la Hija de Sión, Isabel, que ya estaba de seis meses, sintió a Juan saltar de alegría en su seno y, llena del Espíritu Santo, exclamó: «*Bienaventurada la que ha creído...*» (Lc 1,45). Y María, a partir del tesoro de las Escrituras, que meditaba en su corazón, respondió: «*Proclama mi alma la grandeza del Señor...* », proclamando la buena noticia de la encarnación como un Evangelio para la humanidad.

En el tiempo señalado, María dio a luz al Hijo del eterno Padre. Lo mostró a los pastores y a los magos, lo puso en brazos del anciano Simeón, a través de quien conoció que Dios había cumplido las promesas. Su petición a los siervos facilitó el primero de los signos realizado por Jesús en las bodas de Caná. Desde entonces se dirigen a todos los hombres las mismas palabras: «*Haced lo que él os diga*» (Jn 2,5).

Durante la vida pública de Jesús, conservó las palabras del Hijo meditándolas en su corazón, para compartirlas después con la Iglesia naciente. Madre de los apóstoles, estaba en medio de ellos cuando el Espíritu descendió como fuego ardiente en el día de Pentecostés y la Iglesia comenzó a proclamar la Buena Noticia a todos los pueblos que había bajo el cielo. Desde entonces y hasta el final de los tiempos, ella está presente en la Iglesia que evangeliza y en cada comunidad cristiana que se hace misionera.

B. María en el diálogo misionero de la Iglesia

1. *En las diversas culturas de Asia*

En la misión de la Iglesia entre las diversas culturas de Asia, María es modelo de aquel

auténtico testimonio cristiano que es el modo más convincente de predicar el Evangelio y el Reino de Dios¹²⁹. Se trata del testimonio que brota de la comunión íntima e indisoluble con Dios, que empuja a una persona a correr para ayudar al prójimo en dificultad¹³⁰. Los relatos evangélicos de la visita de María a su prima Isabel para ayudarla en la fase más difícil de la gestación y de su intercesión en las bodas de Caná, muestran bien este celo misionero que la Iglesia debería tener.

La Iglesia aprende de la santísima Virgen que es, sobre todo, a través de su vida y de su acción -preocupación por las personas, caridad hacia los últimos, opción por la pobreza y el desprendimiento, libertad frente a los poderes de este mundo, testimonio de santidad- como podrá evangelizar al mundo¹³¹. La Iglesia ve en María aquella fuerza de testimonio por medio de la que los «*cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles*»¹³².

2. Con otras tradiciones religiosas

La persona y el papel de María son un punto de convergencia también para los seguidores de otras creencias, porque en ella resplandece el valor universal de la maternidad, que trasciende culturas y religiones. No sorprende, pues, que «*en todo el continente hay centenares de templos y santuarios marianos, en los que no sólo se reúnen los fieles católicos, sino también muchos creyentes de otras religiones*»¹³³. Antes de ser Madre del Salvador y Madre de la Iglesia, María es la primera hija de Adán¹³⁴ que comparte la misma común dignidad con todos los miembros de la familia humana. Los fieles de otras religiones no tienen dificultad ninguna en ver en ella un modelo de fe. A través de la persona de María, la Iglesia puede entrar en un diálogo fecundo con el Islam, una de las religiones más seguidas en Asia, porque los musulmanes la honran y, a veces, la invocan con devoción¹³⁵.

El testimonio, que es el primer y principal componente del diálogo de la Iglesia con los fieles de otras religiones, encuentra un modelo inspirador en la vida y en la misión de María. Su vida de servicio silencioso y su fiel cooperación en el proyecto de Dios, marca también el camino de la Iglesia, que se hace misionera en medio de otras tradiciones religiosas.

129 EA, 42; JUAN PABLO II, Carta Encíclica sobre la validez permanente del mandato misionero (7 diciembre 1990) *Redemptoris Missio* (RM) circa, 42.

130 Cf. EN, 41.

131 Cf. EN, 41; RM, 42.

132 EN, 21.

133 EA, 51.

134 Cf. PAOLO VI, *Discurso en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II en la fiesta de la Presentación de María Santísima en el templo* (21 noviembre 1964), 34.

135 Cf. NA, 3.

3. Con los pobres

María encarna el amor preferencial de Dios y de la Iglesia por los pobres. Ella es la mujer del servicio real, capaz de elevar a los pobres y necesitados; un ejemplo para que nosotros corramos de prisa donde nos necesiten, y anunciemos el Evangelio de Dios, que libera de la opresión y consuela en la aflicción¹³⁶. La Iglesia en misión encuentra en María una madre que invita al compromiso concreto en obras de servicio y de compasión capaces de elevar la condición de los pobres; a sostener la causa de la justicia por cuantos no tienen los medios para perseguirla; a ayudar en la construcción de una sociedad en la que todos, incluso los más indigentes, puedan gozar de una vida verdaderamente humana. El pobre encuentra en María el corazón de una madre que llega a todos, pero especialmente a los más pequeños entre sus hijos, los que tienen más necesidad de ella.

Tal amor preferencial por los pobres se revela admirablemente en el *Magnificat*¹³⁷, donde María alaba al Señor porque se ha fijado en la humildad de su sierva, favoreciéndole entre todas las mujeres y todas las generaciones humanas; porque ha sostenido la causa de los pobres y los desheredados a lo largo de la historia, ha dispersado a los soberbios de corazón, ha derribado del trono a los poderosos, ha enaltecido a los humildes, ha colmado de bienes a los hambrientos y ha despedido vacíos a los ricos (cf. *Lc* 1, 51-53).

4. Con los jóvenes

A la Virgen María, la Iglesia le confía a las jóvenes generaciones de este continente como Cristo confió a su Madre al joven discípulo al pie de la Cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (*Jn* 19,26). A los niños y jóvenes de hoy que crecen «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (*Lc* 2,52), buscándose a sí mismos y su particular vocación en la Iglesia y en el mundo, la Iglesia les indica a María como madre haciéndose eco de las palabras de Jesús en la Cruz: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19,27). Y a los jóvenes que, incluso llevando consigo la esperanza del mundo, van «llenos de inquietudes, de desilusiones, de angustias y miedo del mundo, además de las tentaciones propias de su estado»¹³⁸, la Iglesia les ofrece la imagen de María, que acompañó a su Hijo hasta su trágico final en la cruz. En ella encontrarán seguramente una madre que se preocupa por ellos, los alimenta y los guía como hizo con Jesús. Con ella, la Iglesia orienta a la juventud hacia Cristo, el único camino, verdad y vida: «Haced lo que él os diga» (*Jn* 2,5).

136 Cf. SÍNODO DE LOS OBISPOS 1971, *La justicia en el mundo*, Introducc., 4.

137 Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica sobre la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia peregrina (25 marzo 1987) *Redemptoris Mater* (RMA), 37.

138 CL, 46.

C. María y la Eucaristía en la misión de la Iglesia

Con su especial relación con la Eucaristía, María nos conduce hacia este sacramento para encontrar en él la fuente y el culmen de la misión evangelizadora de la Iglesia. Al igual que en su seno virginal, el Hijo de Dios asumió nuestra naturaleza convirtiéndose en el sacramento del amor del Padre, así, en la Eucaristía, Cristo sigue siendo sacramento del Padre a través de la obra sacramental de la Iglesia, que se realiza en la persona de quien preside, en la proclamación de la Palabra, en la asamblea que ora y canta, pero, sobre todo, en el signo del pan y del vino¹³⁹. «*Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¡era el mismo cuerpo concebido en su seno!*»¹⁴⁰. Mientras es asociada íntimamente a su Hijo, que se dona en la cruz como “pan de vida” y “pan vivo” para la vida del mundo, se cumple la profecía del anciano Simeón, según la cual una espada le traspasaría el alma (cf. *Lc* 2,34-35).

1. En la escuela de María

La Iglesia puede aprender en la escuela de María, “mujer eucarística”, la necesaria disposición interior para celebrar con fruto y vivir los misterios de la redención¹⁴¹: una presencia atenta, contemplativa y activa, una generosa solicitud por toda la humanidad y la apertura hacia el cumplimiento escatológico de todas las esperanzas humanas. María es el ejemplo del culto eucarístico que trata de concretarse en obras de amor y de servicio, y que abre a los fieles a la esperanza escatológica.

Para los cristianos que se reúnen a celebrar la liturgia, María es modelo en escuchar la Palabra y conservarla en el corazón; en alabar y dar gracias a Dios que ha hecho grandes cosas por todos y por cada uno; en llevar a Cristo y sus dones de alegría y de salvación a todos los que se encuentra; en orar e interceder por las necesidades de todos; en alimentar la vida de gracia recibida a través de los sacramentos; en el ofrecimiento de sí en unión con la ofrenda hecha por Cristo al Padre; en invocar la venida de Señor, esperándolo vigilantes¹⁴².

2. «Haced lo él os diga»

Con estas palabras, María invita continuamente a la Iglesia a escuchar el mandato de su Hijo de hacer «en memoria suya» lo que él hizo durante la Última Cena y sobre el Calvario. Pero invita también a la Iglesia a vivir este sublime misterio a través de un silencioso, pero activo compromiso misionero. La Virgen María -perseverante en la oración junto a los

139 Cf. SC, 7.

140 JUAN PABLO II, Carta Encíclica sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia (17 abril 2003) *Ecclesia de Eucharistia* (EDE), 56.

141 *Ib*, 53.

142 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Orientaciones y propuestas para la celebración del Año Mariano*, Città del Vaticano (LEV) 1987.

apóstoles en la espera de la venida del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1,14) y solidaria con la primera generación de los cristianos que «partían el pan» en sus casas (cf. *Hch* 2,42)- sigue estando presente, con la Iglesia y como Madre de la Iglesia, en cada una de nuestras celebraciones eucarísticas¹⁴³. La Iglesia, por tanto, no cesa de pedir su intercesión (en el *Confiteor*) y de honrarla en la Plegaria eucarística, porque «siendo la Eucaristía la más sublime celebración de los misterios de la salvación obrada por Dios a través de Cristo en el Espíritu Santo, debe necesariamente recordar a la santa Madre del Salvador indisolublemente unida a estos misterios»¹⁴⁴.

Finalmente, con María, la Iglesia celebra la Eucaristía como su *Magnificat*, recordando las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación en cumplimiento de la promesa realizada a los padres, proclamando los extraordinarios misterios de la encarnación redentora de Cristo, de su muerte y resurrección, en espera de la gloria que ha de venir¹⁴⁵.

143 Cf. EDE, 57.

144 CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Orientaciones... cit*, 19. Cf. SC, 103; LG, 53. 57.

145 Cf. EDE, 58.

X

«SPES GLORIAE»

Al final de nuestro recorrido volvemos a las palabras del Apóstol: «*Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria*» para descubrir cómo la Eucaristía manifiesta, en el tiempo y en la historia, la gloria de Dios en la espera de la venida del Señor.

A. La Eucaristía y la gloria de Dios

La aclamación de la asamblea eucarística después de la consagración, se concluye oportunamente manifestando la proyección escatológica que caracteriza la participación en la mesa del Señor (cf. *1Cor* 11,26): anunciamos la muerte y la resurrección de Cristo a la espera de su venida, «*Ven, Señor Jesús*». La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregustación del gozo pleno prometido por Cristo (cf. *Jn* 15,11); en cierto sentido, es anticipación del Reino final, «*prenda de la gloria futura*»¹⁴⁶. En la confiada espera de «*la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo*»¹⁴⁷.

La Eucaristía, que es al mismo tiempo semilla y conclusión de la misión, manifiesta la experiencia de la gloria de Dios que halla su centro en el misterio pascual de Cristo, en su pasión y muerte, en su resurrección gloriosa. Sobre la cruz es donde se nos revela la verdadera gloria de Dios, porque allí el Padre muestra, en el Hijo entregado, su rostro de misericordia y su amor, que penetra en el pecado y en la muerte, para salvar a sus criaturas y a su creación.

Así se nos revela que «*Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria*», no es otra cosa que el entero proyecto salvífico de Dios realizado en el misterio pascual de Jesús, un designio presente desde ahora en el mundo, a través de las coordenadas del tiempo y de la historia, pero que se cumplirá cuando Cristo entregue el Reino al Padre.

De domingo en domingo, reunidos en el nombre del Señor, celebramos así la gloria de Dios en cada Eucaristía. Aquel Jesús que fue crucificado lo encontramos ahora resucitado, vivo, que se eleva ante el mundo que lo crucificó. La muerte ha sido vencida por el amor y nuestra resurrección se manifiesta en el intento de amar como Jesús amó. «*Gloria Dei vivens homo; vita autem hominis visio Dei. La gloria de Dios es el hombre que vive, y la vida del hombre es la visión de Dios*»¹⁴⁸.

146 *Solemnidad del Stmo. Cuerpo y Sangre de Cristo*, II Vísperas, antífona al *Magnificat*.

147 *Misal Romano*, Embolismo después del Padre nuestro.

148 IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* 4, 20,7 en *Sources Chrétiennes* 100/2, p. 648.

B. El banquete mesiánico

El sentido de la gloria futura del Reino que ha de venir es manifestado por el profeta Isaías con la imagen de la peregrinación escatológica de los pueblos al monte santo de Dios, donde la misión se concluye con el gran banquete mesiánico preparado para todos los pueblos y naciones: «Preparará el Señor del universo para todos los pueblos, / en este monte, un festín de manjares succulentos, / un festín de vinos de solera; / manjares exquisitos, vinos refinados. / Y arrancará en este monte / el velo que cubre a todos los pueblos, / el lienzo extendido sobre todas las naciones. / Aniquilará la muerte para siempre...» (Is 25, 6-8).

La Eucaristía, profecía de este banquete final, aparece en verdad como “el sacramento de la misión cumplida”, donde se alimenta el deseo común de la humanidad: la comunión con Dios, cuando él será todo en todos, y la fraternidad universal.

«Ahí, en el monte santo, todos los pueblos celebrarán fiesta delante del Señor. Contemplantarán el rostro de su Dios, y ellos serán su pueblo y proclamarán a Dios con labios purificados: “Grande eres tú y haces maravillas, tú eres el único Dios” (Sal 86,10). Y Dios responde mientras los pueblos le dan culto, pronuncia sobre ellos la bendición maravillosa, que trasciende todas las fronteras nacionales: “Bendito mi pueblo, Egipto, y Asiria, obra de mis manos, e Israel, mi heredad” (Is 19,25)»¹⁴⁹.

La tensión escatológica presente en la Eucaristía anima nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la cotidiana dedicación de cada uno a los propios deberes. En efecto, mientras miran hacia los «cielos nuevos» y la «tierra nueva» (cf. Ap 21,1), los cristianos estimulan su sentido de responsabilidad en el mundo presente, comprometiéndose a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrena. En este momento histórico ellos, de hecho, contribuyen, con la luz del Evangelio, en la edificación de un mundo a medida del hombre y plenamente correspondiente al designio de Dios. De alguna manera, la celebración del Congreso Eucarístico Internacional prefigura la mesa definitiva del final de los tiempos a la que todos los pueblos están invitados.

C. El amor de Dios abraza a la humanidad

Volvamos a la Eucaristía, sacramento de la presencia de Jesucristo. En ella el Señor abraza a todos los pueblos y realiza, aunque todavía no totalmente, la unidad de toda la creación. La misión es, en su esencia, la espera laboriosa del gran banquete mesiánico al final de los tiempos. Este movimiento comienza en cada asamblea eucarística reunida en torno a la mesa del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

149 JAIME CARDINAL L. SIN, *La Eucaristía: Convocatoria y Estímulo, Llamada y Desafío a la Evangelización*, en *Christus Lumen Gentium, Eucharistia et Evangelizatio*, 45º Congreso Eucarístico Internacional; Città del Vaticano 1994, pp. 752.

Anunciar la muerte del Señor «*hasta que vuelva*» (1Cor 11, 26) comporta, para cuantos participan en la Eucaristía, el compromiso de transformar la vida, para que llegue a ser toda ella «eucarística». Precisamente esta transfiguración de la existencia, unida al compromiso de transformación evangélica del mundo, manifiestan la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: «*Ven, Señor Jesús*» (Ap 22,20).

Muchas son las urgencias que se acumulan en el horizonte de nuestro tiempo: la paz, la justicia y la solidaridad en las relaciones entre los pueblos, la defensa de la vida humana. Y muchas son las contradicciones que oscurecen el cielo de nuestro mundo “globalizado”, donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres tienen muy poco que esperar. Aquí y ahora ¡debe resplandecer la esperanza cristiana! También para esto quiso el Señor quedarse con nosotros en la Eucaristía, inscribiendo en esta presencia suya la promesa de una humanidad renovada en su amor. Significativamente, en el Evangelio de Juan, durante la Última Cena Jesús se hace maestro de comunión y de servicio (cf. Jn 13, 1-20). Y el apóstol Pablo, por su parte, califica como “indigno” de una comunidad cristiana el participar en la Cena del Señor, cuando se hace en un contexto de división y de indiferencia hacia los pobres (cf. 1Cor 11,17 ss.)¹⁵⁰.

En la Eucaristía, la diversidad de las culturas -diversidad de lengua, historia y tradiciones- se acoge como expresión de la riqueza humana, de la variedad infinita de los recursos y de los dones de la humanidad. Estas diversidades no obstaculizan la comunión, sino que la enriquecen y la completan. «*Caminarán los pueblos a tu luz, / los reyes al resplandor de tu aurora. / Levanta la vista en torno, mira: / todos esos se han reunido, vienen hacia ti; / llegan tus hijos desde lejos, / a tus hijas las traen en brazos... la opulencia del mar se vuelca sobre ti, / y a ti llegan las riquezas de los pueblos*» (Is 60, 3ss).

Las «riquezas de los pueblos» no son otra cosa que su variedad de culturas y de experiencias religiosas, cuanto los pueblos han creado con su inteligencia y con sus manos, los tesoros de su sabiduría y sus tradiciones seculares, los modos diversos y concretos de ser humanos.

Mientras se prepara el banquete mesiánico en el que la comunión traspasará toda frontera humana, ya desde ahora, en la asamblea eucarística, las diversidades culturales, éticas, económicas, políticas y sociales son transformadas por el Espíritu en una acción de gracias que orienta hacia una nueva civilización.

En cada Misa, Dios pronuncia su bendición sobre toda raza y nación con palabras proféticas que iluminan nuestro camino: «*“Bendito mi pueblo, Egipto, y Asiria, obra de mis manos, e Israel, mi heredad” (Is 19,25)... Benditas sean Rusia y Somalia y Bolivia y China... obras de mis manos. Bendita seas, también, Filipinas, Filipinas, ¡mi heredad! ¡Amén, amén!*»¹⁵¹.

150 Cf. EDE, 20.

151 JAIME CARDINAL L. SIN, *La Eucaristía...* cit., pp. 766.

ORACIÓN

para el 51° Congreso Eucarístico Internacional

Señor Jesucristo, esperanza de la gloria,
cumplimiento del designio del Padre
para salvar a toda la humanidad,
misterio escondido durante siglos y generaciones
y manifestado ahora a nosotros;
te reconocemos presente en la Iglesia
y en el sacramento de la Eucaristía
que nos dejaste como don admirable.

Cuando celebramos la Santa Cena
y comulgamos del Pan de la vida y del Cáliz de la salvación,
reaviva la conciencia de tu presencia,
que nos apremia a continuar
tu misión salvadora en el mundo.
Concédenos a todos, personas y comunidades,
tender la mano a los hombres y mujeres de Asia
y del resto del mundo,
y comprometernos a comprender sus culturas
y sus expresiones de fe.

Tu presencia divina nos sostenga
en nuestro caminar humilde
con los pobres y los jóvenes,
en comunión con María
a quien nos dejaste como Madre.

Ella, Estrella de la Nueva Evangelización,
presente al pie de la Cruz,
que compartió tu sufrimiento y tu gloria,
nos conduzca también a nosotros a la comunión contigo.

A ti, Señor Jesucristo, Pan de vida,
todo honor, gloria y alabanza
en la unidad del Padre y del Espíritu Santo,
Único Dios, por los siglos de los siglos.

Amén.

ÍNDICE

I. Introducción	pág.	2
A. El Congreso Eucarístico Internacional	“	2
B. El significado del 51º Congreso Eucarístico Internacional	“	2
C. El Congreso de Cebú y el contexto asiático	“	3
II. La Eucaristía realiza la obra redentora de Cristo	“	6
A. «El misterio: Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria» (Col 1,24-29)	“	6
B. El misterio proclamado: para que todos puedan acoger a Cristo	“	6
C. La Eucaristía: Cristo presente en medio de nosotros	“	7
III. La Eucaristía es fuente y culmen de la misión de la Iglesia	“	8
A. La Eucaristía: sacramento de amor, signo de unidad, vínculo de caridad	“	8
1. <i>La presencia de Cristo en la Eucaristía</i>	“	8
2. <i>El poder transformador del Espíritu Santo</i>	“	8
3. <i>Transformados y enviados a transformar</i>	“	9
B. La Eucaristía y la misión	“	9
1. <i>Los ritos iniciales</i>	“	10
2. <i>La liturgia de la Palabra</i>	“	11
3. <i>La presentación de los dones</i>	“	12
4. <i>La Plegaria eucarística</i>	“	13
5. <i>La comunión</i>	“	14
6. <i>El envío: «Ite, missa est»</i>	“	15
IV. La misión de la Iglesia en Asia: misión en diálogo	“	17
A. El diálogo como modalidad privilegiada de la misión	“	17
B. Los elementos del diálogo	“	18
C. El diálogo y el anuncio	“	19
D. La Eucaristía, fuente y culmen del diálogo	“	20
V. Una misión en diálogo con los pueblos y las culturas	“	22
A. Inculturación y misión	“	22
1. <i>Una necesidad teológica y pastoral</i>	“	22
2. <i>En diálogo con las culturas de Asia</i>	“	23
B. La piedad popular en el diálogo de la Iglesia con las culturas de Asia	“	24
1. <i>La piedad popular en la misión de la Iglesia</i>	“	25
C. La Eucaristía en el diálogo de la Iglesia con las culturas	“	26
VI. Una misión en diálogo con las otras religiones	“	27
A. Un diálogo de vida y de corazón	“	27
1. <i>Las semillas escondidas del Verbo</i>	“	27
2. <i>El modelo de la encarnación de Cristo</i>	“	27
3. <i>En un espíritu ecuménico y misionero</i>	“	28
B. El primado del testimonio	“	28
C. Unidad y esperanza cristiana	“	29
D. La Eucaristía en el diálogo de la Iglesia con las otras religiones	“	29

VII. Una misión en diálogo con los pobres	“	30
A. La opción preferencial por los pobres	“	30
B. Implicaciones y consecuencias	“	30
C. Trabajar por ellos, caminar con ellos	“	31
D. La Eucaristía en el diálogo de la Iglesia con los pobres	“	32
VIII. Una misión en diálogo con los jóvenes	“	34
A. Los jóvenes son el presente y el futuro de la Iglesia	“	34
B. Una tierra buena	“	34
C. La formación juvenil	“	35
1. <i>La misión educativa de la Iglesia en Asia</i>	“	35
2. <i>En camino con los jóvenes</i>	“	36
D. Actores y colaboradores	“	37
E. La Eucaristía en el diálogo de la Iglesia con los jóvenes	“	37
1. <i>La Eucaristía: un diálogo de amor</i>	“	37
2. <i>La Eucaristía: escuela fundamental de valores cristianos</i>	“	37
3. <i>La Eucaristía como comunicación</i>	“	37
IX. La Virgen María y la Eucaristía en la misión de la Iglesia	“	39
A. María, ejemplo y madre de la Iglesia misionera	“	39
1. <i>María fue la primera en ser evangelizada</i>	“	40
2. <i>María, la evangelizadora</i>	“	40
B. María en el diálogo misionero de la Iglesia	“	40
1. <i>En las diversas culturas de Asia</i>	“	40
2. <i>Con otras tradiciones religiosas</i>	“	41
3. <i>Con los pobres</i>	“	42
4. <i>Con los jóvenes</i>	“	42
C. María y la Eucaristía en la misión de la Iglesia	“	43
1. <i>En la escuela de María</i>	“	43
2. «Haced lo él os diga»	“	43
X. «Spes Gloríae»	“	45
A. La Eucaristía y la gloria de Dios	“	45
B. El banquete mesiánico	“	46
C. El amor de Dios abraza a la humanidad	“	46
Oración para el 51º Congreso Eucarístico Internacional	“	48
Índice	“	49